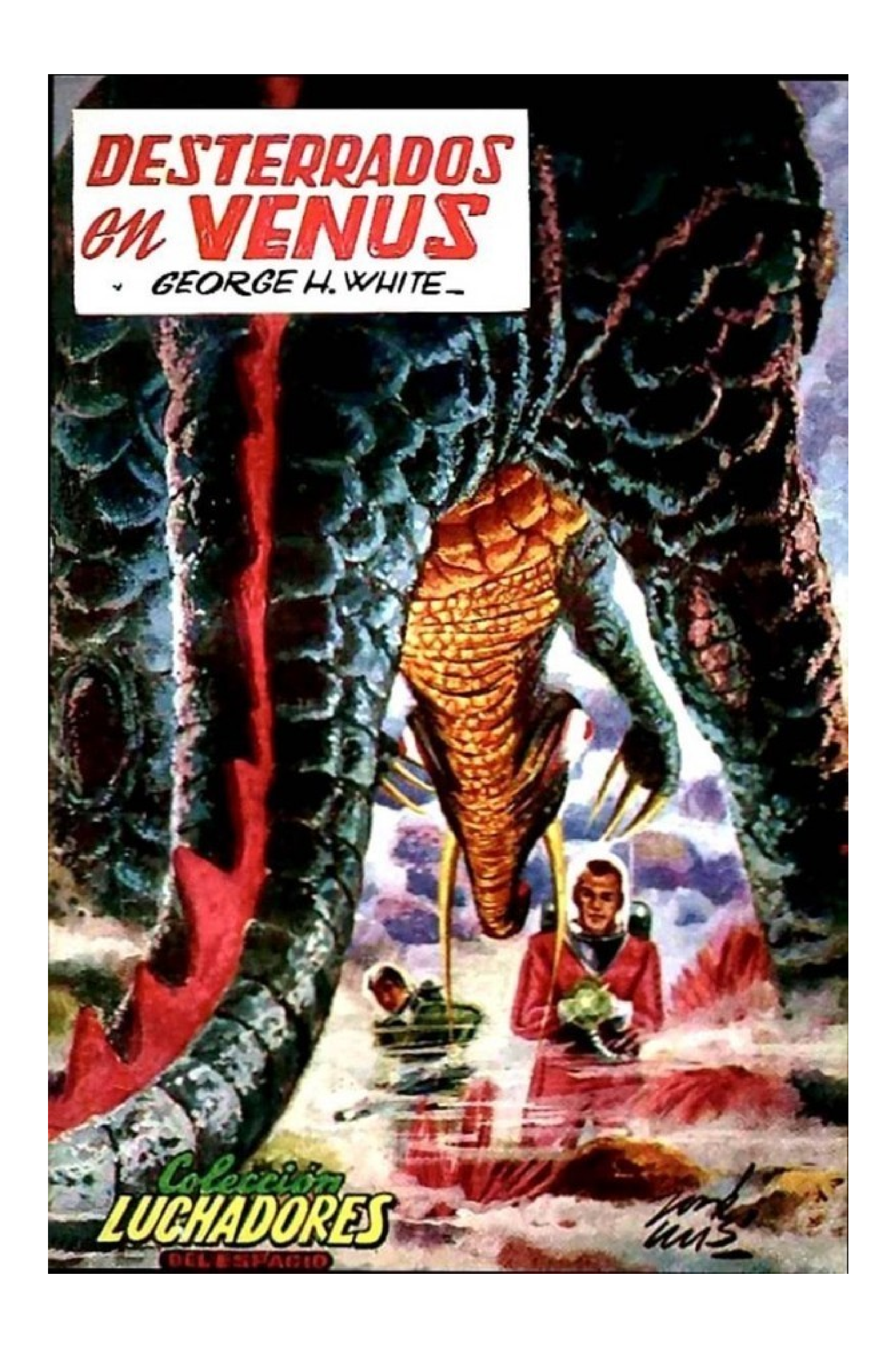

DESTERRADOS en VENUS
GEORGE H. WHITE
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DESTERRADOS EN VENUS

Heredó Un Mundo Nº2

Título Original: *Desterrados En Venus*

Colección: Luchadores Del Espacio 72
ISBN: 5705547533428
Generado con: QualityEbook v0.72

DESTERRADOS EN VENUS



PERSONAJES

MRS. ARONSON. Señora del Prof. Aronson, muerto en

acción anterior.

ARCHER (Martín). Piloto de la astronave.

CUSTER (Christina). Secretaria del profesor Dening.

CLANCEY (Vernon). Eminente físico nuclear.

DODSON (Robert). Piloto de la astronave.

DENING (Arthur). Astrofísico.

GLENBROOK. Ingeniero radar.

HARLOW (Mildred). Hija del inventor de la astronave.

HAGERMAN. Bioquímico.

HERNÁNDEZ (Domingo). Vaquero mexicano del rancho «Las Cruces».

MCALLISTER (Robert). Ingeniero mecánico.

MARTINDALE (Ted). Capataz del rancho «Las Cruces».

MCDERMIT (Alfred). Ingeniero electricista.

MILLS (Tony). Vagabundo impenitente amigo de Erle Raymer.

PEACE (Williams). Archimillonario tío de Erle Raymer.

RAMÍREZ (José). Vaquero mexicano del rancho del señor Peace.

RAYMER (Erle). Joven que heredó un mundo de su tío Williams.

WATSON (John). Flemático ayuda de cámara del señor Peace.

WHITNEY (Willard). Capitán mutilado del Ejército americano.

WHITNEY (Ruth). Joven esposa del capitán.

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTÍSTICA



CAPÍTULO I

Mister Williams Peace se inclinó, tomó un puñado de tierra y la mostró en la palma a su sobrino.

—Magnífica tierra, Erle —confió—. No la hay mejor en todo nuestro viejo planeta Tierra. Con este suelo, este clima y el régimen de lluvias, las cosechas crecerán solas de la noche a la mañana.

Erle Raymer miró distraídamente el puñado de tierra negra y húmeda que le mostraba su tío. Luego se volvió para contemplar el magnífico paisaje que se dominaba desde aquella altura.

Su mente se resistía todavía a creer lo que sus ojos veían. Había ocurrido todo tan rápidamente que no podía acostumbrarse a la

idea de hallarse en otro mundo distinto y lejano de aquél en que nació. Solamente una semana atrás todavía se encontraba en el rancho «Las Cruces» de Nuevo Méjico (Estados Unidos) burlándose de las pretensiones de su acaudalado tío.

Y hoy se veía… ¡en Venus!

—¡Venus! ¡Venus! —murmuró Erle entre dientes paseando su mirada sobre el paisaje.

Se encontraban sobre una alta meseta, especie de cornisa de los contrafuertes de una elevada cadena de montañas, tan enormes que llenaban todo el horizonte a sus espaldas… Tan altas, que sus cimas se ocultaban en el techo de nubes que, de un extremo a otro, cubría todo el orbe a unos 3.000 metros sobre las cabezas de los terrícolas.

El paisaje, extendido a los pies de Erle, se entreveía a través de una neblina gris, húmeda y pegajosa, que brotaba a vaharadas de la selva verde y espesa, inacabable y solemne…

He aquí Venus, un planeta de dimensiones análogas a las de la Tierra sólo que un millón de años más joven. Un mundo tropical en el reino del Sol. Un mundo con océanos inmensos e inmensos continentes en donde la Creación ya había encendido mucho tiempo atrás la misteriosa llama de la vida. Parecía un sueño y era realidad. El hombre de la Tierra, prisionero de la fuerza de gravedad de su planeta, había derribado con su ingenio las trabas que le oponía su misma naturaleza para surcar el espacio sideral y realizar la más vieja ambición del género humano: el vuelo hasta las lejanas estrellas.

Como para asegurarse de que no vivía una pesadilla, Erle Raymer se volvió a contemplar la máquina fabulosa que les llevó en sus entrañas a través de cuarenta millones de kilómetros.

Allí estaba la «Astronave», un gigantesco huso metálico de 100 metros de altura, enhiesto y erguido sobre las enormes aletas estabilizadoras que se apoyaban en el piso de roca de la meseta. A unos 15 metros del suelo, o sea aproximadamente a la altura del quinto piso de un rascacielos, se abría una enorme compuerta de la que un grupo de hombres descargaba una pieza de maquinaria con la ayuda de una grúa.

—¡Mucho cuidado, Ted! —gritó mister Williams Peace haciendo bocina con las manos—. ¡De esa pieza depende el alumbrado de nuestra futura colonia!

Ted Martindale, desde la plataforma que formaba la compuerta caída hacia afuera como un puente levadizo, hizo una seña con la mano.

—Es nuestra turbina —explicó mister Peace a su sobrino—. La instalaremos al pie de la cascada. Conectada a su generador producirá suficiente energía eléctrica para una ciudad de cinco mil habitantes con todos sus servicios.

Mister Peace señalaba hacia un acantilado próximo, del cual bajaba formando pequeñas cascadas un riachuelo. Entre el acantilado y la astronave se veía esparcida gran cantidad de material: cajas de madera de todos tamaños, camas, sillas y mesas de campaña, maquinaria agrícola e industrial, un automóvil «jeep», un tractor, un transporte oruga «Breen» y hasta una lancha de duraluminio de 6 metros de longitud del tipo que utilizaban los pontoneros militares. También se veía esparcido gran número de barriles metálicos de gasolina. La expedición llevaba tres días completos descargando el material de la astronave.

Un hombre se acercaba al grupo formado por mister Peace y su sobrino. Este hombre, como el mismo Erle y todos los que se veían moverse en tierra firme o sobre la plataforma del cohete, vestía un ajustado traje de seda de brillante color verde. Este traje sentaba bien al capitán Whitney, que era alto y delgado.

Y también a Erle Raymer, que era más alto y más robusto que el capitán.

—¡Hola, Whitney! —saludó mister Peace con voz ruidosa—. ¿Se ha descargado todo?

—Sí, señor Peace. La turbina es la última pieza que faltaba…

Un estrépito de maderas que se rompían hizo volver rápidamente a los tres hombres hacia la astronave. La enorme jaula de tablones que protegía a la turbina se había destrozado al ser soltada la máquina cuando todavía estaba a un par de metros del suelo.

—¡Martindale, bribón! —chilló mister Peace hecho una furia—. ¿Quieres arruinarme, maldito?

Pero el capataz había desaparecido de la alta plataforma.

—¡Ted! —llamó el archimillonario haciendo bocina con las manos—. ¡Ted!

El capataz del rancho «Las Cruces», donde había sido construida la aeronave, reapareció en la plataforma. Llevaba un fusil ametralladora entre las manos y venía colgándose del cuello un estuche de cuero repleto de cargadores para su arma.

—¡Ted! —gritó mister Peace.

Martindale disparó una corta ráfaga al aire. Las rápidas detonaciones despertaron sonoros ecos en las montañas.

—¿Qué pasa, Ted? —gritó mister Peace.

El capitán Whitney se había erguido alerta llevando su mano izquierda a la pistolera. El capitán era un mutilado de guerra y llevaba una diestra ortopédica. Erle Raymer y mister Peace, que jamás se separaban de sus pistolas ametralladoras, descolgaron éstas de sus hombros y miraron en torno con recelo.

Todos los miembros de la expedición que se encontraban en tierra firme iban armados en previsión a una sorpresa. Cinco días atrás, al aterrizar en la intrincada selva del ecuador venusino, la expedición había sido súbita y violentamente agredida por una muchedumbre de extraños insectos gigantes, los cuales dieron muerte y devoraron a cinco de las seis víctimas de su ataque.

Pero esta vez no eran los insectos quienes atacaban. El enemigo estaba a espaldas de mister Peace y gritó:

—¡Arriba las manos, patrón! No se muevan o les aso a tiros.

Mister Peace, Erle y el capitán Whitney volvieron con rapidez hacia Ted Martindale, el cual les apuntaba con la ametralladora desde lo alto de la plataforma del cohete.

—¡Ted, bribón! —chilló mister Peace—. ¿Qué significa esto?

Un hombre apareció junto a Ted en la alta plataforma. Era Glenbrook, el ingeniero-radar. Glenbrook era el hombre que había estado manejando la maquinilla del cabrestante desde la bodega del cohete. También empuñaba una ametralladora.

—¡Que nadie se mueva… les dominamos muy bien a todos desde aquí arriba! —gritó Glenbrook. Y soltando una carcajada añadió—: ¿Quiere saber lo que esto significa, señor Peace? Sencillamente, que vamos a largarnos con el cohete y el oro que hay a bordo dejándole a usted donde quería estar.

—¡Ramírez… Hernández! —gritó el archimillonario palideciendo—. ¡Detened a ese loco! ¡Hernández!

—No se preocupe por sus mexicanos, señor Peace —gritó Glenbrook burlón desde lo alto de la plataforma. Su voz sarcástica llegaba hasta todos los que se encontraban en tierra paralizados por la sorpresa—. Hernández y Ramírez están a buen recaudo. No pueden hacer nada por usted.

—¡Traidor! —bramó mister Peace dando un paso hacia el cohete—. ¡Me las pagarás! ¡Me…!

La ametralladora de Ted Martindale lanzó una rociada de balas que fueron a clavarse en el suelo a los mismos pies del archimillonario. Mister Peace se detuvo en seco levantando sus ojos azules, cargados de ira, hacia los hombres que estaban en la plataforma.

—No sea tonto, señor Peace —gritó Glenbrook—. No le queda absolutamente ninguna probabilidad de recuperar su cohete. El profesor Dening, Archer y Dodson están con nosotros. Miss Christina Custer también viene con nosotros. Watson, Hernández, Rodríguez, miss Harlow y mistress Whitney son nuestros prisioneros. ¿Usted no querrá que le ocurra nada a su esposa, verdad, capitán?

Mister Peace y Erle se volvieron a mirar a Whitney, el cual había palidecido intensamente.

—¡Pronto, tiren las armas al suelo! —ordenó Glenbrook desde arriba.

Erle miró a su alrededor. Mistress Aronson, junto al hornillo de petróleo donde cocinaba la comida, permanecía muda y como fascinada mirando hacia el cohete. Con ella estaba Tony Mills, espatarrado ante una cazuela llena de patatas mondadas.

Un poco más allá el profesor Clancey y el profesor Hagerman se habían detenido en la operación de transportar una caja de madera hasta la cueva próxima a la cascada. McDermit y McAllister, ingeniero electricista e ingeniero mecánico respectivamente, estaban cerca de la destrozada jaula de la turbina, todavía enganchada al cable de la grúa.

—Creo que es inútil todo intento de resistencia —farfulló Erle —. Ellos están arriba y dominan el único acceso al cohete.

Rezongando una maldición mister Peace arrojó la ametralladora al suelo. Erle le imitó y el capitán Whitney hizo lo propio dejando caer el revólver a sus pies.

—Retrocedan hacia el borde del acantilado —ordenó Glenbrook.

McDermit y McAllister sacaron sus pistolas y apuntaron también con ellas a los tres hombres.

—Muy bien, muchachos —gritó Glenbrook a los ingenieros—. Traed a los demás y ponedlos junto a los otros. No les perdáis de vista mientras desembarcamos a las señoras, a los mexicanos y a ese estúpido de Watson.

—¡Cobardes! —masculló mister Peace—. Debí figurarme…

Pero se interrumpió porque en realidad no tenía nada que reprocharse. Conocedor de la debilidad humana había estado temiendo una cosa así desde que cinco días atrás descubrieron un filón de oro al proceder a abrir una tumba para los restos del profesor Harlow, el señor Aronson y uno de los vaqueros mexicanos, víctimas todos ellos de los hombres insecto.

El oro, casi una tonelada, se encontraba a bordo de la astronave. Mister Peace se había preocupado de tener ocupados en tierra a la mitad de los que le inspiraban menos confianza: Hagerman, McAllister y McDermit. Para vigilar a Glenbrook y a los pilotos dejó en el cohete a su ayuda de cámara, a las mujeres y a sus dos vaqueros mexicanos con su capataz, Martindale, todos los cuales eran de su absoluta confianza. Pero Martindale…

—¡Nos ha jorobado el bueno de Martindale! —murmuró Erle saliendo a la delantera de las amargas reflexiones de su tío.

Se dejó oír un apagado zumbido. La pila atómica de la astronave acababa de ponerse en marcha. Mister Peace cruzó una mirada con su sobrino.

—No tiene por qué asustarse, señor Peace —dijo McAllister que había quedado apuntándoles con el revólver—. Al fin está usted donde quería estar. No le faltarán oportunidades de jugar a colonizador, pues aquí queda usted con sus arados, su tractor y toda la impedimenta necesaria para formar una colonia. Incluso tiene mujeres jóvenes y bonitas para empezar a poblar este mundo…

—¡Cállese, idiota! —refunfuñó el archimillonario—. No quiera dárselas de gracioso.

McDermit vino llevando ante él a mistress Aronson, Tony Mills, el profesor Hagerman y el profesor Clancey. Clancey guardaba una

actitud tranquila y serena, un poco fatalista quizás. Hagerman, en cambio, todo era mirar asustado de los ingenieros al cohete interplanetario. Temblaba todo él de pies a cabeza y dijo:

—¿No irán ustedes a dejarme abandonado en Venus, verdad?

—¿Por qué no? —contestó McAllister con ironía—. No se van a morir de hambre. Tienen ustedes provisiones para más de un año, y también trigo, maíz, cebada y simiente para procurarse comida durante siglos.

—¡Yo no quiero vivir aquí! —chilló Hagerman histéricamente —. No es justo que me abandonen en este horrible mundo, siendo así que yo hubiera estado del lado de ustedes si llegan a decirme lo que se proponían hacer.

—No lo dudamos, Hagerman —contestó McDermit gravemente —. Pero comprenda usted; cuantos menos seamos a repartir el botín tanto mayor será la parte que nos corresponda.

—¡Yo no quiero oro! —exclamó Hagerman retorciéndose las manos—. Renuncio a mi parte… ¡sólo quiero que me lleven con ustedes a la Tierra!

—¡Oh, claro! También estos señores renunciarían de buena gana a su parte en el tesoro a cambio de un pasaje de vuelta hasta la Tierra. Incluso al señor Peace, que aspiraba a formar un imperio para él solo en Venus le gustaría regresar a la Tierra. Pero nosotros no podemos correr ese riesgo. Una vez en los Estados Unidos olvidarían este favor y querrían tener su parte en el tesoro… darían cuenta a la Policía… No, no. Se quedarán ustedes aquí.

—¡Pero si ustedes se llevan la astronave jamás podremos regresar a nuestro mundo! —gimió el bioquímico con expresión de terror en la mirada—. ¡Quedaremos prisioneros en Venus hasta la eternidad! ¡No pueden hacer eso! Dios mío, no pueden hacerlo… no, no…

—¡Cállese de una vez, Hagerman! —exclamó mister Peace con aspereza—. Está usted haciendo el ridículo. Sus lágrimas no moverán a compasión a estos canallas. Para ellos no hay nada tan importante como su oro. Puede dar gracias a que esto haya ocurrido aquí, pues de ser en el viaje de regreso ninguno de nosotros hubiera llegado vivo a la Tierra.

McAllister miró sombríamente al archimillonario, pero no pronunció palabra. En lo alto de la plataforma habían aparecido

Watson, Ramírez y Hernández. Un gran cesto de mimbre, pendiente del cable de la grúa, les depositó en el suelo bajo la atenta mirada de Martindale, que permanecía de pie en la plataforma.

McDermit, que había recogido la ametralladora de Erle, les escoltó hasta donde estaba el grupo de mister Peace. Watson conservaba su imperturbable flema británica, en tanto los mexicanos mascullaban amenazas y juramentos.

Al llegar hasta su «patrón» los dos vaqueros intentaron a la vez explicar lo ocurrido, mezclando sus palabras y maldiciones de tal forma que no había manera de entenderles.

—Dejadlo estar —refunfuñó mister Peace atajándoles con un ademán—. No importa cómo fue. El caso es que os dejasteis sorprender.

—¿Quién iba a pensar una porquería así de Martindale? —protestó Ramírez.

El mismo cesto de mimbre hizo otro viaje depositando en tierra a mistress Whitney y a la señorita Mildred Harlow. En el intervalo, el zumbido de la turbina de la astronave, accionada por el vapor que levantaba una caldera atómica, había aumentado en potencia anunciando con ello que las dínamos estaban generando bastante energía para hacer despegar al cohete.

—Pónganse en fila con los demás, y no se muevan —ordenó McAllister a las dos mujeres.

Desde la plataforma, Martindale hizo una seña a alguien que estaba dentro de la astronave. El cesto de mimbre empezó a subir velozmente.

—¡Eh, alto! ¡Esperen! —gritó McDermit dando un brinco de sorpresa y echando a correr hacia el cohete.

—¡Aguarden… eh, que faltamos nosotros! —gritó McAllister a su vez lanzándose a la carrera en persecución del cesto.

De las alturas llegó una carcajada burlona.

—¡Adiós, bobalicones! —gritó Martindale.

Los dos ingenieros todavía alcanzaron a tocar el fondo del cesto con las puntas de los dedos. Luego se quedaron un instante como alelados, viendo al cesto que se elevaba rápidamente por encima de sus cabezas hacia la plataforma que ya no podían alcanzar.

—¡Sucios… perros… traidores! —aulló McDermit en un

estallido de rabia. Y echándose la ametralladora a la cara rompió a disparar furiosamente contra la plataforma.

Ted Martindale se apresuró a ponerse a salvo metiéndose de un salto dentro de la aeronave.

—¡Traidores, traidores… traidores! —gritaba McDermit acompañando cada rugido de una descarga de ametralladora.

Si la situación no hubiera sido tan dramática Erle Raymer se habría echado a reír de buena gana viendo la furia de los traidores burlados. En estas circunstancias, sin embargo, Erle no podía reír y se limitó a hacer una mueca amarga.

Se escuchó un fuerte crujido. La gigantesca mole de la aeronave se ponía en movimiento con una especie de desperezo metálico.

—¡Deténganse, maldito sea! —chilló McDermit.

Pero el cohete no se detuvo sino que lenta, pausadamente, empezó a levantarse del suelo como si, aligerada de su enorme peso, fuera impulsada hacia arriba por un gas más ligero que el aire. En realidad era un campo de fuerza electromagnética quien le hacía separarse de tierra.

En un movimiento instintivo y simultáneo los dos granujas chasqueados corrieron para asirse a las hélices tripalas que la aeronave llevaba a popa. Pero la misma convicción de su impotencia les hizo detenerse y retroceder un poco mientras los robustos estabilizadores del cohete, deslizándose ante sus ojos, ascendían poniéndose fuera de su alcance…

Hubo una larga y dramática pausa mientras la máquina, elevándose majestuosamente en el aire, perdía su aspecto imponente a medida que se alejaba entre la brumosa atmósfera venusina. Mudos, con expresión de desencanto, el grupo que se encontraba en el suelo siguió con la mirada el vuelo lento y seguro del aparato hasta que éste, haciéndose borroso a través de la niebla, alcanzó el techo de nubes y desapareció silenciosamente. Sólo entonces apearon la mirada del cielo para contemplarse unos a otros con expresión desolada.

Mudo, pálido y sombrío, Domingo Hernández recogió del suelo el revólver del capitán Whitney y echó a andar en dirección a McAllister y McDermit.

—¡Domingo! —llamó mister Peace.

El mexicano se detuvo, aunque no volvió la cara.

—Vuelve acá —le ordenó mister Peace.

—Déjeme pegarles un tiro a cada uno, patrón —rogó el vaquero en español—. ¿Para qué queremos alimañas como éstas entre nosotros?

Los dos ingenieros contemplaron al mexicano con ojos espantados. Ambos conservaban sus armas en las manos, pero el miedo les había paralizado los dedos. Sabían que el vaquero era infalible con un Colt en la mano a 20 pasos.

—Déjales, Domingo —ordenó mister Peace con voz persuasiva —. Ahora somos compañeros en la misma desgracia. En adelante vamos a necesitarnos unos a otros si queremos sobrevivir. ¿Comprendes?

El mexicano contempló sombríamente a los dos hombres. Luego soltó un gruñido volviendo remolonamente junto a su patrón.

—¡Muy bien, señor Peace! —exclamó el profesor Hagerman saltando ante el archimillonario—. Ya estamos donde usted quería. ¡Somos robinsones en Venus! ¿Y ahora qué?

CAPÍTULO II

La comida de aquel anochecer se caracterizó por una falta general de apetito, acompañada de un silencio huraño, cargado de sombrías reflexiones.

—Por favor —decía mister Peace cada vez que alguien intentaba suscitar la cuestión que preocupaba a todos—. Esperen que terminemos de comer. Eso les ayudará a poner en claro sus ideas evitándonos horas de discusión.

Al parecer mister Peace tenía formada ya una opinión sobre todo lo ocurrido. Y lo ocurrido, en verdad, no parecía preocuparle mucho. Al menos no dio señales de ello, comiendo con aquel su excelente apetito de todos los días.

—Sírvanos el café usted misma, señora Whitney —rogó el archimillonario—. Y usted Mills, encienda un par de quinqués…

—¿Podemos hablar ya? —preguntó el profesor Hagerman exasperado.

—Pero usted, ¿tiene algo que decir? —preguntó mister Peace socarronamente—. Ya sabemos que está aquí contra su voluntad. Bien. ¿Y qué? Eso ya no tiene remedio. Todas las amargas reflexiones que nos hagamos no serán capaces de hacer volver atrás a nuestra astronave. Así pues, ¿a qué lamentarnos por lo que no tiene remedio?

—Yo diría que no está usted muy pesaroso por cuanto acaba de ocurrir —refunfuñó Hagerman.

—No diga tonterías. La idea de quedarme en Venus para siempre no me asusta, si es eso lo que quiere decir. Sin embargo, la fuga de esos bandidos en mi astronave echa por tierra todos mis planes para el futuro. Conservando ese cohete para el acarreo de

colonos, yo pensaba traer a Venus gente de la Tierra para fundar aquí un nuevo y floreciente Imperio. Teníamos oro para la adquisición de nueva maquinaria y herramientas… y quizás para construir una nueva y más grande astronave, capaz de transportar dos o tres mil colonos en cada viaje…

Mister Peace se interrumpió para repantigarse en su silla de campaña, exhalar un suspiro y exclamar:

—En fin, todo se ha ido al diablo por culpa de ese maldito oro. Si no se matan unos a otros durante el viaje de regreso y consiguen llegar a la Tierra, Glenbrook, Martindale y los demás venderán mi astronave al gobierno que más dinero les ofrezca. Eso significa que pronto se construirán aeronaves iguales a las de nuestro infortunado profesor Harlow. Alguien pensará en extender sus dominios a Venus, lo cual quiere decir que llegarán tropas de ocupación, aventureros y colonos que lo emporcarán todo sin ninguna consideración a mis derechos legítimos…

Hagerman se irguió en su silla, al tiempo que todos se volvían a mirar llenos de interés al archimillonario.

—¿Cree usted que harán eso? —casi gritó Hagerman muy excitado—. ¡Pues entonces tenemos una buena probabilidad de ser rescatados! ¿No es cierto, señor Peace? Diga, ¿no es cierto?

—¡Oh, descuide! No pasarán diez años sin que veamos por aquí gente de la Tierra.

—¡Diez años! ¡Eso es mucho tiempo! ¿Por qué diez años y no uno o dos?

—Pues muy sencillo, mi querido profesor. Porque antes de empezar la conquista de Venus la nación que adquiera nuestra astronave, como es lógico, se dedicará a construir aeronaves para la guerra. Un aparato como el nuestro, que puede volar a alturas en donde ningún avión corriente o proyectil cohete le puede alcanzar, romperá el equilibrio de fuerza actualmente existente entre las dos ideologías antagonistas que se disputan la supremacía de nuestro viejo mundo. Quienquiera que posea el modelo de nuestra astronave querrá imponer al mundo sus puntos de vista, lo cual quiere decir que habrá guerra. Pero una guerra no se prepara en un año ni en dos. Y hasta que uno de los dos bandos enemigos no se haya adueñado de toda la tierra, lo cual no es tarea pequeña, nadie pensará en venir a curiosear Venus.

—¿Ni siquiera sabiendo que nosotros estamos aquí? —protestó Hagerman.

—Mi querido profesor —suspiró el archimillonario—. Nadie sabrá que nosotros estamos aquí, porque nuestros entrañables amigos, por la cuenta que les tiene, no dirán la verdad de lo ocurrido.

—Sí, eso parece lógico —murmuró Hagerman—. Más así y todo insisto en que no es absolutamente necesario que los americanos, si son ellos quienes compran la astronave, retrasen en diez años un viaje interplanetario que pueden realizar en una semana.

—Desde luego no es necesario que las cosas ocurran como yo creo —contestó mister Peace—. Sin embargo, y como no poseemos medios para saber lo que ocurrirá ni cuándo seremos rescatados, propongo que mañana mismo empecemos a trabajar y a explorar el país como si tuviéramos que permanecer toda la vida.

Mister Peace paseó su mirada sobre los rostros que rodeaban la mesa, como buscando en ellos una señal de aprobación. Pero la expresión de aquellos rostros no era precisamente de entusiasmo.

José Ramírez, uno de sus vaqueros mexicanos, carraspeó y dijo:

—¿Quiere decir talar la selva… roturar los campos… y sembrar en ellos?

—Sí. Y levantar empalizadas, construir casas e instalar nuestra central de energía eléctrica. Eso es lo que haría un grupo de personas sensatas que por cualquier circunstancia fueran a parar a una isla desierta.

—Pero es que nosotros tenemos provisiones para dos años, sin contar la caza y la pesca que podamos conseguir —apuntó Hagerman—. ¿No sería más sensato explorar este país en busca de oro, en vez de talar árboles y arrancar malezas que irán creciendo a nuestras espaldas tan rápidamente como las quitemos?

La palabra «Oro» tuvo un efecto mágico entre la concurrencia. Los ojos brillaron y las cabezas se ladearon para avanzar el oído mientras mister Peace contestaba:

—Sabía que acabaría usted por salir con esa proposición, Hagerman.

—Luego también usted estaba pensando en el oro.

—En efecto. Pensaba en el oro como intervención del diablo

para perdernos a todos. Si en este grupo hubiera sentido común nadie propondría salir en busca de oro antes de establecer una base que garantizara nuestra supervivencia. Nadie sabe cuándo aparecerá por aquí una astronave procedente de la Tierra, ni siquiera si llegará. Incluso podía llegar y nosotros no enterarnos.

—Tenemos aparatos de radio para lanzar algunas llamadas de socorro cada día —apuntó el capitán Whitney—. Y suficiente gasolina para hacer funcionar el generador eléctrico durante un tiempo razonable.

—La gasolina se acabará muy pronto si empezamos a utilizarla para hacer exploraciones con el tractor y la canoa. Debemos montar la central de energía eléctrica —contestó Mister Peace—. Y también debiéramos levantar una empalizada y un fortín en previsión a un ataque de esos hombres insecto y cultivar unos acres de terreno sembrando las semillas que traemos, todo eso antes de lanzarnos alegremente a la búsqueda de un oro que ni siquiera sabemos si existe en mil millas a la redonda.

—Podíamos compaginar ambas cosas —dijo Whitney—. Establecer un refugio seguro y salir de vez en cuando en busca del oro. Parece ser que nos va a sobrar tiempo para todo.

—Eso —dijo mister Peace— es precisamente lo que quisiera hacerles comprender.

—Yo creo que todos lo hemos comprendido. ¿No es cierto? —preguntó Whitney mirando al círculo de rostros iluminados por la luz de la lámpara de gasolina.

Hubo algunos pestañeos y algunas, muy pocas, inclinaciones afirmativas de cabeza.

—Está decidido —concluyó el capitán—. Mañana mismo empezaremos a construir nuestra fortaleza. Ahora debiéramos retirarnos a la cueva, no sea cosa que acuda algún hombre insecto atraído por la luz de las lámparas.

Los robinsones abandonaron la mesa encaminándose charlando hacia la gruta próxima. Erle Raymer quedó un poco rezagado para decirle a miss Mildred Harlow:

—Ya ve usted, Mildred. Parece que nos hemos quedado sin Imperio.

—Es muy lamentable.

—Sí, y especialmente para nosotros. No sabe cuánto siento no poder elevarla a la dignidad de Emperatriz.

Erle hablaba en un tono mezcla de burla y amargura. Ella contestó secamente:

—No se preocupe por mí, señor Raymer. No habiendo Imperio Venusino queda usted desligado automáticamente de su palabra.

Y se alejó rápidamente alcanzando el grupo que iba delante, dejando a Erle asombrado y con la vaga y molesta impresión de haberla ofendido en algo.

—Señor Raymer.

Erle se volvió encontrándose ante la delgada figura del capitán Whitney.

—Si no tiene inconveniente, señor Raymer, usted y yo haremos la primera guardia —dijo Whitney.

—No tengo ningún inconveniente.

—Encenderemos los faroles de aceite y apagaremos las lámparas.

Los faroles estaban distribuidos alrededor del campamento y tenían cristales rojos. Prácticamente no arrojaban ninguna luz. Lucían a modo de simples brazos en la lóbrega oscuridad de la noche venusina y los centinelas se servían de ellos como puntos de referencia en sus continuas rondas alrededor del campamento.

Armados hasta los dientes con «metralleta», pistola y bombas de mano, los dos hombres empezaron a dar vueltas en torno al equipo desparramado, guiándose por las luces rojas. De vez en cuando, un lampazo saltando de una a otra de las nubes siempre cargadas de lluvia iluminaba la meseta con un fulgor cárdeno. No se escuchaba más ruido que el cantarino y profundo del próximo riachuelo saltando de cascada en cascada en dirección al valle donde se unía a un caudaloso río que avanzaba majestuosamente en dirección al Norte.

La primera hora de guardia transcurrió sin novedad. En la cueva que la expedición utilizaba como refugio habían cesado todos los ruidos y la mecha de la lámpara había sido bajada de forma que sólo arrojaba una débil luz. En el cielo seguían chisporroteando los intermitentes fusilazos de las nubes cargadas de agua y electricidad. De tarde en tarde llegaba del fondo del valle el grito

estridente de algún animal desconocido.

Erle Raymer y Willard Whitney daban incesantes vueltas al campamento, cruzándose dos veces cada ronda. En una de estas vueltas, Erle se encontró con el capitán cerca del filo del acantilado.

—¿No ve usted un resplandor ligeramente rojo por el norte, Raymer? —preguntó Whitney.

Erle miró en aquella dirección comprobando que, en efecto, se apreciaba una difusa claridad rojiza muy baja sobre el horizonte.

—Será algún meteoro… quizás el extremo de una aurora boreal.

—Estamos cerca del polo sur. Y ese resplandor está al norte.

—Recuerdo haber oído decir al profesor Aronson que lo que nosotros conocemos como auroras boreales son un fenómeno electrónico provocado por la actividad solar y puede vérseles en todas las partes del mundo, si bien con más frecuencia sobre los polos.

—Pues yo diría que se trata más bien del resplandor de un gran incendio.

—¿Un incendio en la selva? ¡Oh, no! En todos los bosques de Venus no es posible encontrar un puñado de ramas bastante secas para encender fuego. De hecho la madera se pudre antes de secarse.

Sin contestar, Whitney se alejó del precipicio y reanudó sus vueltas en torno al campamento. Erle le imitó, pero cada vez que pasaba cerca del acantilado echaba una mirada de curiosidad hacia el resplandor.

—¿Ha notado que ese resplandor es más fuerte cada vez? —preguntó a Whitney en una ocasión cuando se cruzaron.

—Sí. Insisto en que es un incendio —repuso Whitney sin detenerse.

Al cabo de una hora, el resplandor era tan fuerte y tan rojo que no dejaba lugar a dudas en cuanto a su origen. Una aurora boreal hubiera llenado todo el cielo de un extremo a otro del horizonte. El fulgor que Erle veía sólo llenaba un reducido espacio del horizonte, siendo significativamente intenso en el centro y progresivamente débil hacia los extremos.

—Desde luego un incendio —murmuró Erle deteniéndose junto a Whitney—. ¿Pero qué puede arder en este rezumante mundo?

—Tal vez una ciudad.

—¿Una… QUÉ? —gritó Erle.

—Una ciudad, señor Raymer. He visto muchos resplandores como ése durante la guerra. Solían corresponder a ciudades bombardeadas por la aviación.

—¿Se refiere a una ciudad de hombres insecto, capitán? —preguntó Erle gravemente.

—O de hombres como nosotros, señor Raymer. Al fin y al cabo no se ha demostrado la imposibilidad de que existan seres humanos en este mundo.

Quedaron silenciosos y pensativos, la mirada clavada en el extraño y lejano fulgor anaranjado. A la mente de Erle acudía el recuerdo de las observaciones hechas por el profesor Hagerman en el transcurso de los tres últimos días.

La opinión de que Venus atravesaba por un período de su evolución geológica análoga a la era primaria o de carbón fósil de la Tierra, había cedido paso a la certeza de que el planeta andaba por una era mucho más avanzada en su evolución.

Fundándose en observaciones recientes y más detenidas, el bioquímico de la expedición situaba a Venus en la época secundaria o mesozoica.

Los restos que se conocían de la fauna y flora mesozoicas de la Tierra, demostraban que reinaba entonces un clima tropical o subtropical hasta en las regiones circumpolares, si bien acentuándose cada vez más las diferencias climatológicas y estrechándose gradualmente la zona tropical. La atmósfera, todavía húmeda y oscura, llegó a ser hacia el final de esta época más seca, pura y penetrada por el sol dando lugar a la aparición de los árboles de hoja caediza que indicaban ya la influencia de las estaciones durante el año.

Las formas continentales secundarias terrícolas habían suministrado restos de esqueletos de lagartos, frecuentemente gigantescos, aves provistas de dientes en las mandíbulas y de los primeros mamíferos que habitaron el globo.

Hagerman había capturado apenas llegar, una especie de ardilla gigante, de carne suculenta, que demostraba la existencia de mamíferos en Venus. El hombre era el último de los mamíferos aparecidos en la Tierra. ¿Pero bastaba esto para probar que la

criatura humana todavía estaba por aparecer en Venus?

Un extraño ruido arrancó a Erle Raymer de su abstracción. Se trataba de un rumor sibilante, como de grandes alas batiendo el aire.

—¡Cuidado, Raymer! —gritó el capitán Whitney.

Una sombra gigantesca se agitaba en el aire, destacándose confusamente sobre el fondo iluminado del horizonte mientras se precipitaba sobre Erle.

Pegando un brinco de sorpresa y alarma, Erle Raymer empuñó la «metralleta» y disparó velozmente contra el bulto. El capitán disparó también y el tableteo de su «metralleta» se unió al de Erle formando un concierto infernal de estampidos y fogonazos.

La sombra, parecida a la de un murciélago monstruoso, se abatió sobre Erle dándole un fuerte golpe y derribándole en tierra como un pelele.

Aturdido por la contundencia del golpe, parecido al de un guante de boxeo, Erle rodó por el suelo sintiendo el instintivo terror que toda persona siente frente a lo extraordinario y desconocido.

La ametralladora del capitán Whitney siguió tableteando unos segundos y enmudeció. Se escuchó un grito humano, un golpe sordo y un apresurado batir de alas que se alejaban.

Erle, que había perdido la «metralleta» durante la caída, saltó en pie empuñando el revólver.

—¿Qué pasa… qué pasa? —balbuceó apuntando a derecha e izquierda—. ¡Capitán! ¿Dónde está usted?

—Aquí Raymer… espere, voy a encender…

La luz de una linterna eléctrica brilló súbitamente en la oscuridad lanzando un chorro luminiscente sobre Erle.

—¡Aparte esa luz! —rugió Erle deslumbrado.

Whitney alumbró aquí y allá hasta que el blanco círculo se detuvo sobre una masa gris-ceniciento, informe, que se agitaba convulsivamente a corta distancia de Erle. En el mismo instante se animaba la luz de la cueva-refugio y un tropel de hombres se lanzaba fuera empuñando ametralladoras, pistolas y linternas eléctricas.

—¡Erle… Erle! —llamó la voz estentórea de mister Williams

Peace.

—¡Mire, Raymer! —gritó Whitney con voz ronca.

Erle siguió el círculo de luz de la linterna del capitán viendo una figura humana que yacía inmóvil en el suelo.

—¡Un hombre! —exclamó Erle sin poder dar crédito a lo que veía.

El hombre en cuestión yacía boca arriba, desmayado o tal vez muerto.

Su cabeza estaba a medias cubierta por un casco de bronce rematado por una cimera de grandes plumas. El pecho lo llevaba protegido por una coraza, igualmente de bronce, la cual presentaba algunos toscos relieves en forma de adornos. La cuerda de un arco y la correa de un carcaj con algunas flechas que llevaba a la espalda cruzaban esta coraza.

Mister Williams Peace llegó corriendo al frente del grupo y se detuvo en seco.

—¡Gran Dios! —exclamó—. ¿Qué significa…?

Todas las linternas convergían ahora sobre la criatura humana y la extraña bestia que agonizaba sobre ella.

—¡Un pterodáctylus! —exclamó el profesor Hagerman con acento estridente.

Aunque Erle ya había olvidado sus lecciones de historia natural, el nombre de «Pterodáctylus» le resultaba vagamente familiar. Desde luego, se refería al animal. Éste era enorme y de una fealdad horripilante. Su cabeza se parecía en cierto modo a la de un caballo, casi completamente hendida desde el hocico a los ojos por una boca armada de afilados colmillos.

Al final de un cuello muy largo y robusto, aparecía un cuerpo provisto de grandes alas, semejantes a las de un murciélago. En la parte media de estas alas, el extraño pájaro mostraba unas poderosas garras con dedos que terminaban en afiladas y curvadas uñas.

—¡Aquí hay otro hombre! —dijo la voz excitada de McAllister rompiendo el dramático silencio que había seguido a la identificación del profesor Hagerman.

Las linternas se volvieron para apuntar a otra figura que yacía cerca del tractor, boca abajo. Unos metros más allá se veía un

segundo pterodáctylus que hacía grandes esfuerzos para incorporarse y escapar. Ramírez le descerrajó un tiro en la cabeza a seis pasos de distancia y el monstruoso animal se derrumbó pesadamente en el suelo quedando completamente inmóvil.

Pasado el primer momento de sorpresas, mister Peace se arrodilló junto al hombre y le volvió boca arriba.

Un par de ojos muy negros se clavaron en los del archimillonario en una mirada mezcla de asombro y terror.

—No tema —le dijo mister Peace.

El hombre, desde luego, no entendió las palabras del terrícola. Sus ojos asustados saltaron del rostro de mister Peace a las caras curiosas que se inclinaban sobre él.

—Tiene una herida de bala en el costado —observó el profesor Clancey señalando un agujero de la coraza del guerrero.

—Pronto, llévenle a la cueva y asístanle —ordenó mister Peace —. Vamos a ver a ese otro.

El «otro», al parecer, sólo estaba desvanecido y empezaba a dar señales de vida. Abrió los ojos cuando era conducido hacia la cueva, y entonces intentó zafarse dando furiosos puñetazos y puntapiés al tiempo que profería gritos y rugidos de fiera. Tony Mills fue lanzando a gran distancia y McDermit sangró por la nariz antes que consiguieran dominar a aquel selvático atleta y meterle en la cueva.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó mister Peace a Erle, mientras examinaba lleno de curiosidad a las pterodáctylus.

Erle refirió sucintamente los hechos y su tío exclamó:

—¡Que cosa más curiosa! ¡Seres humanos utilizando aves monstruosas como caballería! Apuesto a que jamás ha ocurrido una cosa parecida en la Tierra.

—Seguramente porque los pterodáctylus se habían extinguido cuando el ser humano apareció en nuestro mundo a finales de la era Terciaria —apuntó el profesor Hagerman dando vueltas a la bestia antidiluviana—. Fíjense en esto. Nuestros amigos los venusinos han embridado a los pterodáctylus como si fueran caballos.

—¿Cómo se las apañarán para domesticar unas aves de aspecto tan feroz? —murmuró mister Peace.

—Posiblemente sólo son feroces en su aspecto —contestó Hagerman—. Se cree que las bestias gigantescas de la época secundaria eran bastante estúpidas, dotadas de un cerebro muy pequeño en relación a su extraordinaria corpulencia. Y tengan la bondad de no volver a decir «ave» al referirse al pterodáctylus. No es ave, sino lagarto.

—¡No diga tonterías! —exclamó mister Peace—. ¿No ve que tiene alas?

—En efecto, pero pertenece a la familia de los lagartos. En la era mesozoica había lagartos nadadores como el Ictiosauros, otros terrestres o andadores, como el Iguanodon, y por último, voladores como este Pterodáctylus.

—¡Así que los venusinos tienen aviación! —exclamó Erle.

—Eso parece —dijo Hagerman echándose a reír—. Con lo cual llevan considerable ventaja sobre las razas primitivas de la Tierra.

—Ustedes dicen que cuando los lagartos gigantes habitaban sobre la Tierra en la Era Secundaria todavía estaba por aparecer el Hombre —murmuró mister Peace.

—Sí, ésa es la idea más generalizada. Ha sido en los estratos de la era mesozoica donde se encontraron por primera vez señales de existencia del hombre, generalmente utensilios o restos de su industria primitiva.

—¿Quiere decir mazas… hachas y puntas de pedernal?

—Sí.

—Entonces no sólo resulta extraordinaria la presencia del hombre en Venus, sino también el desarrollo alcanzado por su industria. Habrá observado que llevan cascos y corazas de bronce, lo cual indica que saben trabajar los metales. ¿Cómo se explica eso?

Hagerman contempló pensativamente al gigantesco pterodáctylus.

—Existen muchos factores que determinan el progreso de las razas humanas —murmuró—. Uno de estos factores podría ser, por ejemplo, la considerable ventaja de poseer un medio de locomoción de las características de este lagarto volador. El hombre primitivo terrestre debió luchar con formidables dificultades en sus relaciones con otros semejantes. Los bosques impenetrables, frecuentemente poblados de fieras, las montañas y los grandes cauces de agua

serían otras tantas barreras que limitarían necesariamente el radio de acción de la actividad humana. Generaciones enteras debieron nacer, reproducirse y morir en torno a una caverna sin haberse alejado más de una docena de millas e ignorando la existencia de otros núcleos humanos a corta distancia de allí. Pero supongamos que aquellas razas hubieran dispuesto de un medio de locomoción aéreo, rápido y cómodo, como el que parecen poseer los venusinos. Los hombres podrían explorar vastas extensiones de territorio salvando todos los obstáculos que se oponían a su expansión y entrar en contacto con otros semejantes u otros pueblos, e intercambiar ideas y experiencias. Así como la aviación moderna de la Tierra ha abierto a la civilización regiones inaccesibles y atrasadas, así la civilización venusina puede haberse desarrollado con prodigiosa rapidez gracias a una casualidad que no hay señales se diera en la Tierra; esto es, o la supervivencia de los pterodáctylus hasta la aparición del hombre… o la aparición del hombre al mismo tiempo que la de los grandes lagartos voladores.

Hagerman terminó su discurso con la respiración ligeramente agitada y el grupo quedó silencioso, mirando pensativamente a la gigantesca bestia tendida bajo el haz de las linternas eléctricas.

CAPÍTULO III

—¡Fantástico… Maravilloso! —murmuró mister Peace, no tan bajo que no lo escucharan los demás.

Erle miró fijamente a su tío, esperando que dijera algo más. Pero mister Peace dijo solamente:

—Vuelvan a la cueva. Reforzaremos la guardia por si los compañeros de nuestros venusinos volvieran con ánimos de rescatarlos.

El capitán Whitney designó a los dos vaqueros y a McDermit para que montaran la guardia con él. Los demás volvieron a la cueva curiosos por ver cómo se comportaban los prisioneros.

—Ven aquí, tío. Quiero mostrarte algo.

Erle condujo a mister Peace hasta cerca del borde del precipicio y le mostró el extraño fulgor que brillaba en la distancia.

—Whitney cree que se trata del incendio de una ciudad —explicó el joven—. Ahora que sabemos que existen seres humanos en este planeta ya no me parece una idea tan descabellada.

—Los venusinos que hemos cogido podían venir huyendo de esa ciudad, ¿no es cierto?

—En eso estaba pensando.

—Si hay una ciudad debe encontrarse cerca del río. Iremos a echar un vistazo… sí, iremos a ver qué ha pasado. ¡Dios mío, esto es maravilloso!

—¿El qué es maravilloso? —preguntó Erle intrigado.

—La existencia de seres humanos en Venus, naturalmente. ¿No te das cuenta? Nuestra idea de colonizar este planeta es ahora más hacedera que antes de perder la astronave. Ya no necesitamos importar colonos de la Tierra. Los colonos están aquí. Nosotros

traemos el progreso y la civilización. Sólo falta educar a estas gentes y…

—Y erigirte en Emperador de ellos. ¿Es eso lo que quieres decir?

Mister Williams Peace profirió un gruñido y dijo:

—Maldito si me gusta esa costumbre tuya de encontrarle el lado burlesco a las cosas, Erle. Para ti «imperio» es un señor sentado en un trono de oro, con un cetro en la mano, un esclavo espantándole las moscas y siervos rindiéndole vasallaje. Para mí, «imperio» es una nación inmensa hablando una misma lengua, trabajando en un esfuerzo común, un pueblo feliz que vive al unísono del zumbido de las máquinas, orgulloso de formar parte de una sociedad en donde un esfuerzo físico mínimo produce dividendos fabulosos de comodidad y bienestar. Ése y no otro es el Imperio que yo aspiro a levantar aquí.

—Puede que los venusinos no desean progresar. En realidad, ¿qué falta les hace el aire acondicionado, los automóviles ni la televisión? —apuntó Erle.

—Nadie prefiere ir descalzo si se le brinda un par de zapatos. El «slogan» de que el salvaje prefiere sus primitivas costumbres a las del europeo es una falsedad. Cuando el salvaje prueba las comodidades del hombre civilizado las adopta enseguida.

—Sí, y eso les hace más desgraciados.

—Querrás decir que eso complica su antes sencilla existencia.

—Es lo mismo. Los sociólogos consideran que las generaciones antiguas eran más felices que las actuales porque se contentaban con lo que tenían.

—Los sociólogos son unos majaderos —repuso mister Peace agresivamente—. Si los antiguos se hubieran conformado con lo que tenían no existiría el progreso. Remontándonos a las más viejas edades, el hombre no hubiera salido de sus cavernas si un constante afán de mejorar de condición no le hubiera impulsado a aguzar el ingenio para procurarse armas, vivienda y enseres más efectivos. Puedes argüirme que la inquietud del hombre actual es mayor porque mayores son sus necesidades. Bien. Pero a esto te contestaré que precisamente ese penoso camino entre el hacha de pedernal y la pila atómica es lo que quiero evitar a los venusinos. En nuestro viejo mundo el afán de mejorar corre delante de los medios técnicos y económicos. Aquí la técnica y el potencial económico

correrán delante de las necesidades del venusino. Éste no tendrá que esperar años enteros a que la televisión se ponga a su alcance, porque ignorará que existe hasta que vea ese chisme entrar por la puerta de su casa. ¿Has comprendido?

—Perfectamente —contestó Erle—. Sólo que me pregunto si un sueño tan ambicioso podrá realizarse alguna vez.

—¡Oh, no te preocupes por eso! De ello me encargo yo. Ven. Vamos a ver qué ha sido de nuestros dos venusinos.

En la caverna el profesor Hagerman extraía con unas largas pinzas la bala del costado del venusino herido, operación para la cual había tenido anestesiarle. El segundo venusino, atado de pies y manos, seguía con ojos asustados las manipulaciones del extranjero sobre su compatriota.

—¿Es grave la herida? —preguntó mister Peace.

—No. La bala atravesó la coraza antes de llegar a la carne y eso le quitó gran parte de su fuerza. No estaba muy profunda — contestó Hagerman mostrando el plomo en el extremo de las pinzas.

—¿Quiere usted ver un notable producto de la industria venusina, señor Peace? —preguntó McAllister.

Y le mostró a éste una espada más bien corta, de hoja ancha, recta y provista de doble filo. Mister Peace tomó el arma comprobando que estaba hecha de bronce y pesaba mucho. Luego, el archimillonario se aproximó al prisionero consciente y se puso a observarlo con el mismo interés que un sabio naturalista examinaría una mariposa recién capturada.

—Parecen robustos e inteligentes —observó.

—Tienen la mandíbula prominente, los brazos más bien largos y las piernas cortas —observó el profesor Hagerman—. Pertenecen sin duda a una raza joven, no mucho más evolucionada que nuestro hombre de Neandertal.

—Pero mucho más inteligente, según se desprende de sus armas y corazas. Conocen y trabajan el metal.

—Sin embargo, ignoran el telar. El taparrabos y la camisa que visten debajo del bronce son de piel de ante groseramente cosida.

Los guerreros, en efecto, llevaban un faldellín de láminas de bronce y debajo un calzoncillo de piel flexible. El cinturón, las

sandalias y las polainas, eran de cuero crudo. Por cierto, que tanto las sandalias como las polainas de los dos venusinos, parecían haber sido chamuscadas recientemente.

—Sería interesante saber de dónde vienen, hacia dónde se dirigían, cómo viven y cuáles son sus problemas.

—¡Oh no tardaremos en conocerlo! —aseguró el profesor Clancey—. La dificultad estriba principalmente en saber ganarnos su voluntad. Cuando dejen de temernos no será difícil lograr entenderlos.

—¿Cómo?

—Pues sencillamente, señalándoles los objetos y apuntando sus respuestas para formar una especie de diccionario terrícola-venusino.

—Es una excelente idea —dijo mister Peace—. Denle a este joven algo de comer para ver cómo reacciona.

Pero la reacción del venusino no fue precisamente muy alentadora. Tony Mills trajo un plato con carne de buey en conserva y lo acercó al prisionero. Éste levantó las piernas atadas y lanzó el plato al techo de un certero puntapié.

—Se ve que no tiene apetito —dijo mister Peace—. Veremos si se porta tan groseramente cuando el hambre le haga cosquillas en el estómago.

Dando por terminada la prueba y dejando a Domingo Hernández para que vigilara los prisioneros, los robinsones volvieron a sus catres de campaña, los cuales tenían colchones neumáticos inflados de aire.

La noche transcurrió sin que alarma alguna turbara el ligero sueño de los terrícolas. Erle despertó varias veces y la última de ellas, viendo la entrada de la cueva iluminada por la lechosa claridad del alba, se levantó y salió fuera.

—¡Hola, buenos días! —saludó Whitney.

Whitney se hallaba sobre el automóvil «jeep» manejando una llave inglesa, con la cual apretaba las tuercas de un soporte de ametralladora adaptado al respaldo del asiento anterior del «jeep».

—¿Se ha levantado usted ya, o es que todavía no se acostó?

—No me acosté —contestó Whitney saltando del coche—. Esos indígenas que utilizan pterodáctylus como caballería aérea me

tenían intranquilo.

—¿Cree que volverán?

—Sí. Y entonces estaremos en condiciones de dispensarles una acogida más calurosa. Me he entretenido montando las ametralladoras de veinte milímetros en los soportes antiaéreos del «jeep» y del transporte Breen. ¿Quiere ayudarme a traer las máquinas?

Las «máquinas» en el argot castrense del capitán Whitney eran las ametralladoras propiamente dichas. Éstas eran muy pesadas y venían embaladas en sendos largos cajones.

Whitney y Erle ya habían colocado las ametralladoras en sus respectivos soportes y estaban acarreando cajas de munición cuando mister Williams Peace asomó en la boca de la caverna.

Mister Peace aprobó con un movimiento de cabeza lo que Whitney había hecho y le sugirió que situara ambos vehículos cerca del borde del precipicio para así dominar mejor parte del abismo existente entre la cornisa y la profunda selva.

Erle y Whitney habían empezado a maniobrar con los vehículos cuando McAllister, que era uno de los centinelas, empezó a dar saltos y a gritar:

—¡Los pajarracos… que vuelven los pajarracos!

El ronquido de los motores había despertado a todo el campamento y un grupo de hombres estaba saliendo de la caverna al producirse la alarma. Inmediatamente retrocedieron para volver a entrar en busca de sus armas.

Erle, ante el volante del «jeep» miró en la dirección que señalaba McAllister. La luz del día era ya muy fuerte, así que no encontró dificultad alguna en ver una línea de cuerpos oscuros que se movía en el aire acercándose con mucha rapidez.

—¡No disparen mientras yo no lo ordene! —gritó mister Peace —. Si es posible deseo hacerles comprender que sólo nos animan intenciones pacíficas.

Erle, por si acaso, abandonó el volante del «jeep» y saltó al asiento de detrás para empuñar la ametralladora.

—¿Sabrá manejarla usted? —le gritó el capitán Whitney.

—Espero saber hacerlo.

Los objetos voladores seguían acercándose a muy buena

velocidad. Vendrían a ser unos cincuenta y formaban una línea ondulante.

—¡Señor Peace! —gritó McAllister en un estado de aguda excitación—. ¡Eso no son pterodáctylus!

La afirmación del ingeniero abrió un corto paréntesis en la agitación del campamento. Todos se quedaron mirando fijamente a la extraña formación. Ésta no venía recto a la meseta, sino que seguía el curso del gran río que atravesaba el valle contiguo.

—¡No se muevan… quizás pasen sin vernos! —gritó mister Peace.

Los animales voladores llegaron a la altura del acantilado. Ahora podía vérseles de perfil. No eran pterodáctylus, sino algo parecido a…

—¡Cielo santo… son saltamontes! —se oyó exclamar roncamente al profesor Hagerman.

Erle reconoció con un estremecimiento de frío ciertos rasgos propios de los saltamontes; frente ancha y plana, cuerpo alargado en forma de féretro, grandes patas en forma de sierra…

Unas figuras vagamente familiares montaban a los gigantescos saltamontes.

—¡Hombres insecto! —murmuró Erle recordando con pánico el primer y dramático encuentro con aquellas diabólicas criaturas, sólo cinco días atrás.

El saltamontes que iba en el extremo del ala se separó de la formación para acercarse a la alta cornisa del acantilado. Erle comprendió que acababan de ser descubiertos y tiró con fuerza de la palanca recuperadora de la pesada ametralladora.

El chasquido del muelle y el cartucho que entraba en la recámara sonó como un disparo en el campamento rompiendo la inmovilidad de cuantos en él se encontraban.

—¡Pronto… busquen protección por ahí! —se oyó gritar a mister Peace—. ¡Las mujeres a la caverna…!

La ametralladora antiaérea del «Breen» empezó a tabletear con estruendo, manejada por el capitán Whitney. Erle vio con regocijo cómo las balas trazadoras dejaban largos rastros de humo en el espacio, antes de caer sobre el saltamontes gigante y su fantástico jinete.

El insecto, alcanzado repetidamente por los proyectiles de 20 milímetros, agitó sus grandes alas y se hundió en el espacio llevando todavía asido a sus lomos al jinete.

—¡Muy bien, Willard! —gritó Erle llamando al capitán por su nombre de pila.

—No me felicite tan pronto —contestó Whitney desde el «Breen»—. ¡Ahí vienen los otros!

En efecto; toda la extraña formación de saltamontes había alterado el rumbo y venía volando raudamente contra el campamento. Sus alas, al batir velozmente en el aire, producían un sordo y amenazador zumbido que iba aumentando en intensidad a medida que se aproximaban.

CAPÍTULO IV

El vuelo rectilíneo y seguro de aquellos saltamontes gigantescos llevando sobre sus lomos unos jinetes de la misma naturaleza que las hormigas, sólo que del tamaño y la inteligencia de un ser humano, constituía un espectáculo fascinante, jamás visto por el hombre de la Tierra.

Los diabólicos jinetes del espacio se asían con sus cuatro patas inferiores a su fantástica cabalgadura. Con una «mano» empuñaban las riendas de sus corceles voladores. Con la otra sostenían una larga lanza. Todos llevaban el cráneo protegido por un casquete que parecía de metal muy brillante y de estos casquetes, por sendos agujeros, salían las largas y cimbreantes antenas propias de su condición de insectos.

Todo esto lo vio Erle como un relámpago, en el momento de enfilar su pesada ametralladora contra el enemigo más próximo. Luego tiró del gatillo y el enemigo pasó a ser un bulto de perfiles imprecisos.

Todos a una, los terrícolas rompieron a disparar con submetralladoras, rifles y escopetas de gran calibre. Aquella andanada de plomo detuvo por unos instantes la carga de la caballería aérea. Agitando sus alas convulsamente, se precipitaron en el abismo arrastrando consigo a sus jinetes.

Espantados por el estruendo de los disparos, los saltamontes se dispersaron huyendo a la desbandada. Otros dos fueron alcanzados y derribados antes que se pusieran a una distancia demasiado grande para la mayoría de las armas terrícolas.

—¡Alto el fuego! —gritó Whitney.

Erle lanzó una última ráfaga contra el enemigo y cesó de

disparar.

—Les hemos dado un buen escarmiento —aseguró—. Ésos no vuelven por aquí.

—No lo diga —contestó Whitney—. Yo creo que no tardarán en volver, siquiera sea por curiosidad. Y es muy posible que entonces no sean solamente cincuenta, sino doscientos o trescientos.

—Es extraño que no les viéramos antes por aquí —murmuró mister Peace visiblemente preocupado—. Estábamos seguros que no existían hombres insecto tan al sur. ¿No fue eso lo que usted dijo, profesor Hagerman?

—Creí que los insectos gigantes, propios de un clima tropical y de un ambiente más húmedo y brumoso, se habían concentrado en torno a la zona del Ecuador venusino —contestó Hagerman—. Mi teoría es que si en este planeta subsisten las especies de la época primaria, se debe a la mayor radiación solar a que está sujeto Venus, por su mayor proximidad al Sol. Los insectos gigantes de la especie de los grillos, los saltamontes y los escorpiones disfrutan de un ambiente adecuado en el Ecuador, donde el clima, la flora y la fauna del período primario se mantienen inalterables después de varios millones de años. Pero en estas latitudes el clima está sujeto a los cambios de las estaciones. La flora y la fauna son aquí las propias de la Era secundaria terrícola. Los insectos gigantes no debieran habitar estos parajes, a menos que posean unos medios de adaptación de los que carecieron nuestras especies de la misma época. Cabe una explicación, y es que esos insectos no habitan aquí, sino que hagan inmigraciones periódicas hasta estas latitudes en la primavera y verano.

—Ahora estamos en primavera —murmuró mister Peace—. Siendo así que nuestros conocidos los hombres-insecto poseen un medio de locomoción rápido en sus saltamontes gigantes, nada les impide llegar hasta aquí en un viaje de pocos días por el aire.

—Pues inmigrantes o indígenas de esta región, lo cierto es que nos colocan en una situación muy difícil —apuntó Erle—. Podemos rechazarles en partidas de a cincuenta, y seguramente de hasta cien. ¿Pero qué hacemos si se presentan en mayor número… cuatrocientos o tal vez quinientos?

Un silencio cargado de temores siguió a las palabras de Erle. Hombres y mujeres se miraron unos a otros con la angustia

asomada a las pupilas.

—¡Atención! —gritó Watson, el ayuda de cámara de mister Peace—. Los saltamontes vuelven.

—¡Todos a sus puestos! ¡Las mujeres, vuelvan a la caverna! —gritó el capitán empuñando la ametralladora antiaérea del transporte «Breen».

Hubo una desbandada general hacia aquellos objetos que ofrecían un buen resguardo, especialmente los vehículos y maquinaria agrícola debajo de los cuales podían tumbarse los defensores.

Con el ceño fruncido, Erle Raymer observó a la bandada de insectos. Venían muy separados unos de otros, a mayor altura y volando tan rápidamente como avionetas deportivas. Todavía se encontraban a unos quinientos metros de distancia, cuando el capitán Whitney rompió a disparar.

Erle disparó también enviando apretados haces de trazadoras contra los veloces saltamontes. Pero el enemigo había aprendido rápidamente la táctica y hacía subir, bajar y desviarse a derecha e izquierda a sus extrañas monturas, razón por la cual no era fácil acertarles.

Cuatro o cinco saltamontes fueron alcanzados no obstante, y uno de los hombres-insecto cayó de su cabalgadura antes que el resto de la partida llegara sobre el campamento.

Todas las armas, grandes y pequeñas, estaban disparando a toda velocidad cuando la banda llegó sobre la cornisa. A veinte pasos de distancia, Erle Raymer destrozó literalmente la cabeza de un saltamontes con una ráfaga de ametralladora. El monstruo cayó en el mismo filo del acantilado y se precipitó en el abismo. Pero su jinete, dando un salto prodigioso, desmontó yendo a caer dentro del campamento.

Las lanzas silbaron en el aire, cayendo aquí y allá, rebotando contra las piezas de metal o clavándose profundamente en las cajas de madera allí diseminadas. Las «metralletas» tableteaban rápidamente, teniendo por fondo el contrapunto de los ruidosos escopetazos.

Al abatirse sobre el campamento con una ruidosa vibración de alas, la bandada lanzaba fuertes y desapacibles chirridos, semejantes a los de un ejército de cigarras. El enemigo sustituyó las

lanzas arrojadas con una lluvia de flechas.

Erle disparó a bocajarro contra el hombre-insecto desmontado y le tendió en el suelo con el cráneo destrozado. Pero a tan corta distancia, la ametralladora era demasiado pesada. Erle se vio al descubierto sobre el «jeep», siendo blanco de una nube de saetas que silbaban y caían a su alrededor. Así que decidió abandonar aquel puesto, lanzándose de cabeza al suelo y rastreando apresuradamente para meterse bajo la carrocería del vehículo.

Bajo el «jeep» encontró a Tony Mills, su inseparable compañero de vagabundeo, el cual estaba cargando una monstruosa escopeta.

—Hola, compadre —dijo Erle. Y empuñando el Colt disparó contra la cabeza de un hombre-insecto que acababa de caer de pie a diez metros de distancia.

Tony Mills, habiendo acabado de cargar su escopeta, disparó contra un saltamontes que pasaba agitando con estruendo sus grandes alas. El insecto pareció tropezar con un obstáculo invisible y se abatió sobre el capitán Whitney. Providencialmente salvó la vida el capitán, porque dos saetas que iban contra él se clavaron en el corpachón del insecto.

A corta distancia de allí, un hombre-hormiga saltó de su montura yendo a caer de pie frente a la entrada de la caverna. Mistress Whitney y la señorita Harlow, que estaban allí empuñando sendas escopetas de doble cañón, dispararon simultáneamente sobre el enemigo.

Los disparos, hechos con mucha precipitación, no alcanzaron al hombre-insecto, o no le alcanzaron en ningún punto vital. El monstruo saltó hacia las mujeres persiguiéndolas hasta el interior de la cueva, donde estaba mistress Aronson, y en donde los dos indígenas venusinos, atados de pies y manos, dirigieron una mirada de espanto al intruso.

—¡Tírense al suelo! —gritó la señora Aronson.

Las dos jóvenes se tiraron de bruces al suelo mientras la señora Aronson lanzaba una granada de mano por encima de ellas.

El hombre-insecto, que se encontraba en la entrada de la cueva, fue despedazado por la violenta explosión de la bomba.

En aquel momento los asaltantes, rechazados con cuantiosas pérdidas, se daban a la fuga perseguidos por los disparos de los defensores. En el recinto del campamento quedaban los cuerpos

agonizantes de más de una docena de saltamontes gigantes. También quedaban dos hombres-insecto con vida. McDermit le deshizo a uno la cabeza de un escopetazo. El otro saltó ágilmente por encima del transporte «Breen» y huyó por el mismo talud donde el riachuelo bajaba hasta el valle formando gran número de cascadas.

Los defensores interrumpieron el fuego al descubrir que no tenían sobre quién disparar. Al hacerse el silencio de las armas se escuchó el esporádico rascar de las alas de los saltamontes que morían en una larga y penosa agonía.

Saliendo lentamente de sus escondrijos, los terrícolas se irguieron aquí y allá contemplando el campo de batalla. Durante unos minutos se escuchó el seco estampido de los disparos que apresuraban el fin de los insectos. Luego dominaron las excitadas voces de los hombres.

No había que lamentar ninguna víctima. Por primera vez desde que aterrizaron en Venus, los terrícolas pudieron observar de cerca los cadáveres de los hombres-insecto. El detalle más conspicuo de éstos, eran aquellos casquetes metálicos con que se protegían el cráneo. También llevaban una especie de placa triangular y ligeramente abombada sobre el pecho, colgando del cuello por una cadena y sujeta a la cintura de avispa por una tira de cuero. A juzgar de su poco espesor, tanto los cascos como las corazas no servían tanto de protección como de adorno.

Los cascos fueron los primeros que llamaron la atención de los terrícolas, especialmente de Ramírez y Hernández, que fueron los primeros en adivinar de qué estaban hechos.

—¡Mire este casco, patrón! —gritó Hernández muy excitado corriendo hacia mister Peace—. Es de oro… ¡De oro puro, patrón!

Mister Peace tomó el extraño casco, en tanto se producía un revuelo general en torno a él.

—En efecto; es de oro —murmuró mister Peace sospesando y examinando la extraña pieza. Hubo una desbandada general hacia los cadáveres de los hombres-insecto.

—¡Las corazas también son de oro! —gritó alguien.

Y dos minutos más tarde se habían reunido otros doce cascos y trece pesadas corazas refulgentes… tan refulgentes como las pupilas de los hombres que mostraban el botín en sus manos

temblorosas.

—¡Y pensar que pudimos cobrar un botín mayor! —exclamó el profesor Hagerman con desencanto—. ¡Todos los hombres-insecto que nos atacaron llevaban cascos y corazas de oro, lo vi con mis propios ojos!

—¡Oh, no tiene por qué lamentarse, profesor! —exclamó el capitán Whitney con ironía—. Presiento que le van a sobrar a usted ocasiones de afinar mejor la puntería para cobrar mayor número de piezas de oro. Los hombres-insecto volverán. Vendrán incluso en mayor número que el que usted pudiera desear.

—¡Mejor… mejor! —exclamó Hagerman acariciando maquinalmente el casco de que se había apoderado—. Cuantos más vengan, más mataremos y más ricos seremos.

—No diga disparates, profesor. Ese maldito oro le ha enfermado a usted —dijo mister Peace—. No es para celebrarlo, sino para lamentar este encuentro con los hombres-insecto, lleven o no lleven cascos de oro macizo.

—Insisto en que tanto estos saltamontes gigantes como los insectos que los montan no son propios de esta latitud. Habrán llegado hasta aquí en alguna esporádica correría y con toda probabilidad no exceden de un centenar. Ahora bien; un centenar podemos…

—¿Por qué cree usted que estos bichos se han extendido tanto al sur? —preguntó Erle interrumpiendo al bioquímico.

—Eso sólo Dios y ellos mismos pueden saberlo. ¿Quién es capaz de penetrar en la mentalidad de unos simples insectos?

—No tan simples, profesor. Éstos que llamamos despectivamente «bichos» actúan de una forma que, si no es humana, se aproxima desagradablemente a ésta. No obran a tontas ni a locas. Tienen una buena razón para desplazarse al sur, y yo creo saber cuál es.

—¿Cuál?

Erle Raymer señaló al norte.

—Anoche, durante muchas horas, estuvo brillando en aquella dirección un vago resplandor como de incendio. Whitney dijo que parecía una ciudad incendiada. Ahora estoy seguro de que era una ciudad. Los indígenas que cogimos anoche procedían sin duda de

aquella ciudad. Conocían la existencia de la caverna que nosotros ocupamos ahora y su intención debió ser refugiarse en ella durante las horas de oscuridad. El enemigo que atacó e incendió su ciudad, le apuesto lo que quiera, eran estos hombres-insecto que nos han atacado a nosotros… no cincuenta ni cien, sino tal vez un millar de hombres-insecto cabalgando como diablos en sus saltamontes gigantes. Ésta es la razón de que encontremos hombres-insecto tan al sur. La criatura humana no puede habitar en la temperatura de horno reinante en la zona del Ecuador. El hombre humano vive en esta región más templada y los insectos efectúan periódicas correrías por estas latitudes para cazarles.

—¿Para cazar a los hombres? —preguntó el profesor Hagerman.

—Sí. ¿Le causa extrañeza? Sabemos por amarga experiencia cuánto les gusta a esos bichos la carne humana.

Un largo silencio siguió a las palabras de Erle Raymer. Mister Peace miró al capitán Whitney con expresión interrogativa.

—Estoy de acuerdo con el señor Raymer —dijo el oficial—. Estos hombres-insecto, más inteligentes al parecer que los que encontramos hace una semana, deben de haber venido en busca de carne humana.

—Entonces quizás fuera conveniente marcharnos cuanto antes de aquí.

—¡Marcharnos! —exclamó McAllister—. ¿Pero dónde vamos a ir que estemos más seguros que aquí?

—En cualquier parte —contestó el profesor Clancey—. Ellos saben ahora que estamos aquí. Quizás nos pusiéramos a salvo si les hiciéramos perder nuestra pista en la selva.

—Sí, eso sería lo mejor —apoyó Erle—. A menos que puedan olfatearnos desde el aire no es probable que logren descubrirnos bajo las espesuras del bosque.

Mister Peace abarcó con una mirada de sentimiento las 300 toneladas de costoso material desparramado por la cornisa.

—Tendremos que abandonar la mayor parte de todo esto —suspiró.

—Sí —contestó Whitney—. Sólo disponemos de dos remolques Emplearemos uno para llevar la gasolina y otro para las municiones, las provisiones y algún equipo más.

—Bien. No hay que pensarlo más. Aligeren los preparativos, muchachos.

Los hombres se pusieron en movimiento desplegando una intensa actividad. Entre el costoso material desembarcado de la astronave figuraba también una pequeña grúa automóvil que fue utilizada para cargar rápidamente buen número de barriles de gasolina en uno de los remolques.

Mientras tanto, lista en mano, el capitán Whitney escogía aquel material que a su juicio era imprescindible. En éste incluyó cierto número de planchas onduladas que lo mismo podían servir de escudo en caso de ataque aéreo, que para techar un par de barracones que les preservaran de la lluvia.

Erle Raymer, por consejo del capitán, fue a explorar las posibilidades de descenso por el talud donde bajaba el arroyo formando gran número de pequeñas cascadas.

Encontró que el descenso por aquel lado era difícil, si bien no imposible, y regresó a la cornisa cuando ya los preparativos de marcha tocaban a su fin.

—Habrá que enganchar los remolques al «Breen» y al tractor oruga, que son los más pesados —informó a Whitney.

Los dos remolques, del tipo agrícola pequeño, o sea provistos de un solo eje central, fueron enganchados a los vehículos de tracción por cremallera.

—Usted irá delante guiando el «jeep», Raymer, puesto que ha explorado el camino —dijo el capitán.

Erle montó en el «jeep» llamando a Mildred Harlow para que ocupara el asiento contiguo. La muchacha desdeñó la invitación y mistress Aronson ocupó aquel asiento. En el posterior se acomodaron Hagerman y Tony Mills.

El «jeep» arrancó entre una nube de gases a la hora y quince minutos de haberse optado por evacuar el campamento. Erle lo condujo cuidadosamente en primera velocidad por el escabroso terreno. Éste formaba una especie de escalinata irregular por donde saltaba ruidosamente el riachuelo. El «jeep» tuvo que cruzar alrededor de veinte veces este riachuelo en un sentido y en otro, buscando los pasos más accesibles.

Después de estar cien veces a punto de volcar y por obra de otros tantos milagros, el «jeep» llegó a lugar seguro sin sufrir la

catástrofe que sus ocupantes temían.

Echando violentamente la cabeza atrás para mirar hacia arriba, Erle podía ver el tractor agrícola que bajaba rezongando palmo a palmo. Los expedicionarios le acompañaban a pie. Detrás venía el «Breen» con el 2º remolque.

Erle se dijo que si los hombres-insecto se presentaran en aquel momento, su tío y los demás rezagados lo pasarían muy mal. Esto pensó Erle, mas por aquello de no llamar a la mala suerte, nombrándola, trató de desterrar sus temores diciéndose que los hombres-insecto, vapuleados dos horas atrás, no podían regresar tan pronto con refuerzos. Mas por si acaso…

—Tengan la bondad de apearse del coche, profesor Hagerman —dijo a los tripulantes del asiento de atrás—. Si esas malditas hormigas voladoras vuelven antes que nos hayamos perdido en la selva necesitaré estar cerca de la ametralladora.

—¿Por qué les llama hormigas? —preguntó Hagerman saltando a tierra.

—Es lo que parecen, ¿no?

—Esos bichos pertenecen a la familia de los simples y vulgares grillos terrestres. Me he entretenido un momento examinando sus cadáveres. Y, desde luego, no ofrecen nada de particular.

—No lo extraño —dijo Erle pasando al asiento posterior—. Lo más extraordinario en ellos es su inteligencia y los cuerpos que usted examinó estaban muertos. Creí sinceramente que se trataba de hormigas porque he oído decir que las hormigas son los insectos más inteligentes del mundo. Pensé que unas hormigas gigantes, con un cerebro miles de veces mayor, serían también mil veces más inteligentes que nuestras pequeñas hormigas terrícolas.

—El volumen del cerebro no determina necesariamente la inteligencia del individuo, señor Raymer.

—¿Por qué cree entonces que estas hormigas… o grillos venusinos, son tan inteligentes como los hombres?

—No se ha demostrado que sean tan inteligentes como nosotros. Sin embargo, hay quien cuenta a la inteligencia como un proceso de evolución y en este caso, la inteligencia de nuestros «hombres-insecto» podía haber evolucionado gracias a dos factores de importancia.

—¿Cuáles?

—Un período de vida tan largo como el nuestro y la existencia de un lenguaje inteligente entre ellos.

—¡Un lenguaje! —exclamó Erle mirando fijamente al bioquímico—. Usted bromea, profesor Hagerman. Esos bichos asquerosos no pueden poseer una lengua como nosotros, porque entonces… ¡Serían perfectamente humanos!

—Bueno —rio Hagerman—. No es fácil determinar en qué momento una criatura inteligente pasa de bestia a ser humano, de manera que no podemos discutir tal extremo. Lo que sí es cierto es que esos bichos poseen un lenguaje.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Erle agresivamente.

—Es ABSOLUTAMENTE preciso que lo tengan. O de otro modo no sabrían domesticar a sus saltamontes, fabricarse armas y trabajar los metales, según queda demostrado con esos cascos y corazas de oro que les hemos requisado. El puro instinto animal es el motor que pone en actividad la laboriosidad del hormiguero y la colmena. Ninguna abeja, al menos que sepamos, recibe instrucción de sus mayores acerca de lo que debe hacer. Sus quehaceres domésticos forman parte de su instinto natural. Pero ningún instinto es capaz por sí solo de decir a estos insectos venusinos dónde pueden encontrar el mineral, cómo se extrae, cómo se funde en un crisol y se le da forma a martillazos. La industria de esos insectos, como la industria humana, es el resultado de largos siglos de experiencia transmitidos por vía oral de generación en generación.

—¡Dios mío, eso es verdad! —murmuró Erle sintiendo un hondo malestar—. ¿Pero cómo se hacen entender esos insectos unos de otros? ¿Tienen lengua?

—Su lengua no les permite emitir sonidos articulados, si es eso lo que quiere decir. Ningún insecto emite sonidos con su garganta.

—Pues bien que he oído yo cantar a los grillos —terció Tony Mills, presumiendo de la experiencia adquirida en su larga existencia de vagabundo.

—Los grillos, como las cigarras, NO CANTAN propiamente dicho —contestó el bioquímico—. En el caso concreto de nuestros hombres-insecto, que es el que nos ocupa, ese chirrido característico proviene de una membrana dorsal exterior que vibra

con mucha rapidez. Mi teoría es que los hombres-insecto, mejor dotados que nuestros grillos y cigarras comunes, modulan esas vibraciones formando un lenguaje telegráfico de chirridos perfectamente estudiados y ordenados en palabras.

Tony Mills dejó escapar un largo silbido que lo mismo podía interpretarse como de admiración, que de incredulidad o burla.

—¡Fantástico! —exclamó Erle por lo bajo—. ¡Realmente fantástico!

Erle calló, contemplando fija y pensativamente un punto incierto del espacio. El joven no pensaba en lo que estaba viendo, pero su alerta subconsciente dio una llamada de alarma a lo largo de su sistema nervioso, arrancándole bruscamente de su abstracción.

Lo que Erle veía era un enjambre de pequeños puntos oscuros que flotaba en el espacio y se acercaba con rapidez desde el norte.

—¡Hombres-insecto! —gritó—. ¡Vuelven a atacar!

CAPÍTULO V

Con el corazón paralizado por la angustia, Erle Raymer volvió los ojos hacia el empinado talud. Los vehículos estaban salvando la parte más difícil del camino, pero todavía les quedaba una buena distancia por recorrer antes de ponerse a salvo entre la espesura de la selva, próxima a donde el «jeep» se había detenido.

Sus compañeros, al parecer, no habían visto aún el peligro que se acercaba por el norte. Erle agarró la ametralladora dispuesto a lanzar una descarga que llamara su atención.

—¡Mira, Erle… al sur! —le gritó Tony Mills señalando.

Erle miró en aquella dirección viendo otra compacta nube de puntos oscuros que surcaba el espacio en dirección al norte.

—¡Más insectos! —gimió la señora Aronson—. ¡Dios mío, estamos perdidos!

Una sospecha penetró como un rayo de luz en el cerebro de Erle. En el salpicadero del coche había un estante con unos prismáticos. Erle los tomó apresuradamente y los asestó contra los objetos voladores que llegaban del sur. No eran saltamontes gigantes montados por hombres-insecto, sino seres humanos cabalgando intrépidamente en los robustos cuellos de monstruosos «pterodáctylus». El vuelo del pterodáctylus se distinguía perfectamente del de los saltamontes por ser más lento y más torpe.

—Las fuerzas que llegaban por el sur son pterodáctylus —dijo Erle volviendo los prismáticos hacia el lado contrario—. Las del norte son insectos.

—¡Avanzan los unos hacia los otros! —exclamó el profesor Hagerman.

—Van a encontrarse aproximadamente por encima de nosotros

—chilló Tony Mills, pálido como un cadáver.

El tractor oruga y el «Breen» se habían detenido en mitad de la pendiente. Erle vio al capitán Whitney que saltaba hacia la ametralladora antiaérea del «Breen» y a los demás miembros de la expedición prepararse para rechazar el inminente ataque aéreo.

Al ser parados los motores, Erle pudo escuchar perfectamente las voces de sus excitados compañeros y entre éstos la de su tío Williams que gritaba:

—¡No dispare, Whitney… espere! ¡Hay otra partida de gente que llega por el sur… parecen pterodáctylus!

Las dos bandadas de bestias voladoras debían haberse descubierto mutuamente, porque ahora marchaban decididamente la una contra la otra.

—¡Va a haber un encuentro aéreo! —exclamó Erle—. Eso puede favorecernos… darnos tiempo para llegar hasta la selva mientras ellos luchan.

Pterodáctylus y saltamontes avanzaban decididamente hacia un encuentro que iba a tener lugar aproximadamente a la altura de la expedición terrícola. No tardaron en escucharse gritos humanos mezclados con el lejano chirrido de los hombres-insecto.

Las dos bandas adoptaron algo parecido a una formación de combate y se lanzaron furiosamente una contra otra. El número de ambos contendientes era aproximadamente igual; alrededor de unos trescientos por bando. Pero la ventaja estaba a favor de los insectos. Los saltamontes volaban más aprisa y eran al parecer más ágiles que los pterodáctylus. Además, y debido a su particular naturaleza, tanto los hombres-insecto como sus monturas, podían seguir luchando después de recibir heridas que dejarían fuera de combate a los hombres y a sus reptiles voladores.

Unos segundos antes de producirse el choque, hombres e insectos cambiaron una nube de flechas. Una docena de saltamontes y alrededor de una veintena de pterodáctylus cayeron dando volteretas con flechas clavadas en los ojos. Con ellos cayeron sus jinetes. Todos fueron a parar cerca de donde Erle se encontraba con el «jeep», desapareciendo entre las copas de los árboles.

En aquel momento, pterodáctylus y saltamontes entraban en colisión. Lo que hicieron en realidad fue pasar unos entre otros como un peine a través de otro peine.

Los luchadores se arrojaron una nube de jabalinas al paso, lo cual produjo el derrumbe de otro par de docenas de pterodáctylus y saltamontes.

Después de aquella primera y espectacular embestida, la formación se rompió dando comienzo a un verdadero combate aéreo de hombre contra hombre. En el resultado de la lucha intervenía diversidad de factores, tales como la velocidad, agilidad y docilidad de las monturas, y el valor personal, la destreza en el manejo de las armas y el dominio de su montura en los hombres.

Con ojos fascinados por la originalidad de aquel encuentro seguían los terrícolas las incidencias de la lucha. Erle observó que la ventaja que automáticamente había atribuido a los insectos, era solamente relativa. Los saltamontes eran mucho más invulnerables que los pterodáctylus, pero en la lucha desempeñaban un papel pasivo.

Los pterodáctylus, constituidos de carne y hueso, eran más vulnerables, pero en cambio participaban en la lucha. Sus mandíbulas armadas de dientes arrancaban de un morisco las cabezas o los brazos de los hombres-insecto que se ponían a su alcance. Con las afiladas garras del ángulo de sus alas de murciélago rasgaban al paso las frágiles alas de sus contrincantes, los saltamontes.

Dando muestras de particular destreza, insectos y hombres humanos giraban en torbellino unos alrededor de otros arrojándose flechas. Continuamente había hombres, reptiles o insectos cayendo desde las alturas al suelo en medio de una lluvia de saetas.

El ronquido de los motores arrancó a Erle de la contemplación de aquella sin igual batalla. El tractor y el transporte «Breen» reanudaron la marcha talud abajo.

Mientras los vehículos descendían, el combate aéreo proseguía. Pero los contendientes se habían desparramado en un gran espacio formando parejas que peleaban sañudamente entre sí hasta que uno de los dos derribaba al otro. Entonces, el vencedor tomaba las riendas de su alada montura y marchaba en ayuda de algún compañero.

—Los indígenas están llevando la peor parte —hizo observar el profesor Hagerman—. Tenía que suceder así, ya que un insecto no muere enseguida, y se salva la mayor parte de las veces, si se le

hiere en el cuerpo. Eso sin contar que una flecha que no lleve mucha fuerza no puede atravesar la envoltura dura exterior que constituye el esqueleto en los insectos.

—Espero que la batalla dure hasta que nos hayamos internado en la selva —murmuró Erle.

Unos minutos más tarde, el tractor y el «Breen» alcanzaban al «jeep». Los combatientes se habían alejado mucho luchando hacia el sur.

Los que llegaban y los que aguardaban se reunieron en breve conciliábulo.

—Debemos marchar hacia el sur —dijo mister Peace—. Las fuerzas indígenas llegaron en aquella dirección. Probablemente hay otra ciudad tierra adentro.

—Alguien debiera coger el volante del «jeep» para que yo pueda manejar la ametralladora —dijo Erle—. El profesor Hagerman dice que probablemente tropezaremos con hombres-insectos de los derribados en el combate aéreo. Dice que esos bichos no tienen un esqueleto como el nuestro y por lo tanto pueden salir indemnes de caídas que serían mortales para nosotros.

—Yo guiaré el coche —contestó el archimillonario—. Hagerman y Mills pueden subir en el remolque del tractor. ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Los hombres corrieron a encaramarse en el «Breen» y en los remolques. El «jeep» abrió la marcha llevando a mister Peace al volante, a mistress Aronson por pasajero y a Erle de pie junto a la ametralladora en el puesto trasero.

La caravana se internó lentamente en la eterna noche verde de la selva. Los árboles, de una corpulencia extraordinaria, elevaban sus frondosas copas hasta 50 metros de altura. Helechos, palmeras y arbustos crecían entre los árboles disputándose cada palmo de terreno fértil y rezumante de humedad.

Mister Williams Peace escogía el camino más fácil eludiendo los árboles mayores y arrollando intrépidamente los tiernos helechos y los matorrales. Toda la caravana avanzaba serpenteando entre los troncos gigantescos, envuelta en el zumbido de sus propios motores y de un continuo fragor de ramas rotas y hojas violentamente removidas.

—Temo que no vayamos a llegar muy lejos por este camino —

dijo mister Peace deteniendo el automóvil ante un espadañal de aspecto impenetrable.

—El tractor debiera marchar delante abriendo paso y nosotros ir a retaguardia remolcando el carro del tractor —insinuó Erle.

Su tío opinó de idéntica manera e hizo que el corpulento tractor oruga desenganchara su remolque, pasando a ocupar el puesto de vanguardia. McAllister, familiarizado con toda clase de vehículos, conducía aquel imponente mastodonte.

El tractor, con el ingeniero encaramado en el alto pescante y Hernández a su lado empuñando un lanzallamas, se puso al frente de la caravana hendiendo con ímpetu cuanto se oponía a su gigantesco radiador, protegido por fuertes barras de acero.

En pos del tractor marchaba el transporte «Breen», igualmente provisto de cremalleras y de un potente motor, tirando de un remolque. El «jeep» iba detrás sobre las rodaduras de los dos poderosos vehículos tirando del último carro-remolque.

La marcha se hizo ahora más rápida y regular. Los expedicionarios, desde los vehículos, vigilaban en todas direcciones con las armas listas para entrar en acción.

En la cabeza de la columna se produjo cierta alarma al tropezar con un gigantesco saltamontes herido en el curso de la batalla aérea. Pero el insecto, pese a su tamaño, era completamente inofensivo. Y su jinete, si se encontraba cerca y con vida, no se dejó ver por parte alguna.

La caravana siguió adelante bajo la pensativa mirada del saltamontes y poco después, inesperadamente, salía a una pista que cruzaba su ruta en dirección norte-sur.

En el suelo fangoso de la pista se apreciaban las inconfundibles huellas del paso reciente de unos vehículos provistos de ruedas muy anchas, mezcladas con las de pezuñas de animales que debieron arrastrarlos.

Erle y su tío echaron pie a tierra y corrieron hasta la cabeza de la columna para ver las huellas que Hernández anunciaba a gritos.

La contemplación de las rodadas llenó al viejo ranchero de profunda alegría.

—¡Magnífico! —exclamó—. Nuestros amigos los indígenas están más civilizados que lo que yo creía. Conocen el uso de la rueda,

han construido carros y han domesticado animales para que tiren de ellos, según se desprende de estas huellas.

—No son pisadas de caballo, patrón —hizo notar Ramírez—. Parecen más bien de gato.

—De un gato muy corpulento —añadió el archimillonario—. Más grande que una pantera uncidos en parejas a los carros.

—Pasaron recientemente por aquí y marchaban en dirección norte-sur —dijo el vaquero.

—Vamos a seguir nosotros también esa dirección —dijo mister Peace—. Volveremos a enganchar el remolque al tractor y el «jeep» abrirá la marcha. No podría arrastrar el remolque en un terreno tan embarrado.

La excitación dominaba a los expedicionarios mientras se efectuaban aquellos cambios. Se esperaba encontrar una ciudad al término de aquel camino. Una población implicaba la presencia de seres humanos y, si lograban la amistad de éstos, una protección contra el doble peligro de la selva y los hombres-insecto.

Se reanudó la marcha con el automóvil «jeep» a la cabeza de la columna. La pista, aunque fangosa y resbaladiza, era infinitamente mejor que la selva virgen e intrincada. El «Breen» y el tractor rodaban bien por aquel camino, gracias a sus anchas orugas metálicas. El «jeep» era un vehículo ligero, provisto de un motor de 60 caballos con tracción a las cuatro ruedas, especialmente construido para terrenos difíciles y cenagosos.

Apenas llevaban recorridos un par de kilómetros de la nueva pista cuando encontraron tendido en mitad de ella un hombre-insecto que tenía una flecha clavada en un ojo. El monstruo estaba muerto. Mister Peace le apartó a un lado, le quitó el casco y la lámina de oro y regresó al «jeep».

—¿Saben lo que estoy pensando? —dijo mientras ponía nuevamente en marcha el automóvil—. La coquetería que impulsa al hombre-insecto a adornarse con casco y láminas de oro sellará fatalmente su total exterminio. Algún día, cuando los viajes interplanetarios sean cosa corriente, en la Tierra se sabrá que aquí en Venus hay una especie de bicho inteligente que se adorna con casco de oro puro. Y entonces caerá sobre Venus un ejército de locos, desesperados y aventureros, dispuestos a dar caza al hombre-insecto incluso en las mortales selvas…

Mister Williams Peace, que llevaba la vista fija en el camino, se interrumpió pisando los frenos con tal brusquedad que casi derribó a Erle sobre sus hombros.

—¿Qué demonios pasa ahora? —refunfuñó Erle agarrándose con fuerza al soporte de la ametralladora.

Mister Peace metió rápidamente la marcha atrás e hizo recular el automóvil hasta el lugar donde había empezado a frenar.

—Miren eso —señaló inmovilizando el cochecillo—. Creía que la vista me engañaba, pero ahí está.

Erle miró el piso húmedo de la pista viendo marcada en él la profunda impresión de una garra gigantesca, mucho más grande que la del mayor elefante de la Tierra.

Mister Peace saltó ágilmente a tierra para inclinarse sobre la huella. Erle le imitó mientras de los vehículos que se detenían detrás surgía un coro de ansiosas preguntas.

—¿Quiere venir a ver esto, Hagerman? —gritó el ranchero.

No sólo Hagerman, sino también varios hombres más se acercaron. Ramírez, entre ellos, dejó escapar un largo silbido viendo aquella impresión desmesurada.

—Esto no lo hizo un canario —aseguró.

—¿Qué dice usted, Hagerman? —preguntó mister Peace.

Hagerman miró receloso a uno y otro lado del sendero antes de contestar:

—Supongo que quiere usted saber a qué animal pertenece esta pisada —murmuró.

—Me gustaría saberlo, si fuera posible.

—No puedo decirlo con exactitud. Existieron allá en la Tierra por la misma época que atraviesa Venus, varias especies de dinosauros capaces de dejar huellas parecidas a ésta. Un «iguanodon», un «diplodoco»» o quizás un «ATLANTOSAURUS» pudieron haber pasado por aquí… Lo mismo podría tratarse de la pisada de alguna otra especie de la que no tenemos conocimiento en la Tierra, si bien es evidente que, cualquiera sea su forma, pertenece a la familia de los dinosauros o reptiles gigantes.

—Recuerdo haber visto el esqueleto del Atlantosaurus del Colorado —dijo el profesor Clancey—. Medía treinta metros de largo por nueve de alto. Las especies de Venus son algo mayores

que las terrícolas según sabemos, quizás debido a que la fuerza de gravedad de Venus es ligeramente inferior[1].

—Pues quienquiera que fuese el animalito, no hace ni una hora que cruzó la senda —aseveró Ramírez después de examinar y tocar la huella.

—¿Eran peligrosos los reptiles gigantes de la Era Secundaria, profesor Hagerman? —preguntó el capitán Whitney.

A lo que Hagerman contestó:

—¿Cómo quiere que lo sepa? El hombre no había nacido aún para dejar un relato del carácter de aquellas bestias. Personalmente preferiría no tropezarme con una de ellas.

—Naturalmente, adoptaremos precauciones —dijo mister Peace —. ¿Qué arma estima más eficaz para pararle los pies a un animal que mide quizás cincuenta metros de largo por quince de alto, capitán Whitney?

—El lanzallamas es un arma eficaz contra cualquier enemigo, sea hombre o animal —contestó Whitney—. También uno de nuestros bazookas sería de efectos mortíferos para un dinosauro, aun cuando se tratara de un dinosauro acorazado.

—¿Hemos traído algún bazooka?

—Desde luego. Puse un par de ellos a mano previendo esta contingencia. Hace días que oigo hablar de lagartos gigantescos.

—Bueno. Traiga uno de esos bazookas al «jeep». La señora Aronson pasará al transporte «Breen» con las demás mujeres. Vuelva cada uno a su puesto.

Los hombres regresaron a sus vehículos para explicar a los demás lo que ocurría. Hubo una breve espera con los motores en marcha, mientras el capitán Whitney y Hernández llevaban hasta el «jeep» un largo tubo hueco (el bozooka) y dos cajas con granadas-cohete.

Whitney sustituyó a la señora Aronson en el asiento anterior, abatió el parabrisas y depositó el bazooka sobre el capó del motor.

—Tenga estas granadas, Raymer —dijo—. Si nos vemos en la necesidad de usar este bazooka yo me lo pondré horizontal sobre el hombro y usted introducirá una granada cada vez por la boca de atrás.

La columna reanudó la marcha, vadeó un arroyo que bajaba de

las montañas de la derecha y siguió adelante por la pista en pos de la rodada de los carros que le habían precedido.

La oscuridad bajo la verde techumbre de la selva aumentó a tal extremo que obligó a mister Peace a encender los faros del automóvil. En la sofocante atmósfera cargada de electricidad se presentía una de aquellas súbitas y violentas tempestades características de Venus.

Se escuchó el lejano y bronco retumbar de un trueno. El lívido fulgor de los relámpagos se infiltró a través de la apretada vegetación. Parecía noche oscura, y todavía no era el mediodía. Los expedicionarios se endosaron sus livianos impermeables de celofán.

Violentas rachas de viento agitaron las copas de los árboles, produciendo un ensordecedor rumor de hojas removidas. De vez en cuando saltaban ante los faros del automóvil, cruzando con rapidez el sendero, extraños ejemplares de una fauna particular, extinta en la Tierra hacía muchos millones de años.

La tormenta se acercó con rapidez acompañada de pavorosos truenos y relámpagos. Se escuchó un estruendo como de una formidable descarga de perdigones contra la copa de los árboles, y enseguida empezó a llover…

Ninguna tormenta de la Tierra podía compararse en violencia a las más pequeñas del planeta Venus. El agua que caía aquí en auténticas cataratas, en chorros tan espesos que apenas si uno encontraba aire para respirar.

La columna se detuvo y los expedicionarios aguardaron acurrucados en los vehículos y sobre los remolques a que pasase el diluvio.

Al cabo de quince minutos la lluvia empezó a disminuir, en tanto se alejaban los truenos como una escuadra de grandes acorazados disparando incesantemente sus monstruosos cañones. El suelo de la selva quedó inundado bajo 40 centímetros de agua.

—Debimos prever esto y traer camiones anfibios —refunfuñó mister Peace.

Whitney sonrió por debajo del capuchón de su impermeable.

—Los camiones anfibios son muy buenos para vadear ríos, pero no hubiéramos andado muy lejos en…

Un extraño sonido, mezcla de trueno y escape de vapor de una

locomotora estremeció la selva.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Erle saltando en pie.

—Será un trueno —murmuró el capitán.

—No es un trueno. Ha roncado aquí cerca… ¡escuchen!

De nuevo el extraño rugido sibilante se difundió por la jungla. De pronto se escuchó un ruido como de grandes ramas que se rompían, retumbó un bramido espeluznante y la costra del suelo tembló como al paso de un regimiento de caballería lanzado en furiosa carga.

El estruendo sonaba muy cerca de la pista donde la columna se había inmovilizado. A juzgar por los rugidos y el fragor de ramas que se rompían se trataba de dos grandes fieras luchando entre sí.

—¡Dinosauros! —gritó Erle. Y su grito no sólo erizó los cabellos de sus compañeros, sino que puso de punta los suyos propios en tanto un estremecimiento de frío le recorría la espina dorsal.

Las negras nubes tormentosas, al alejarse, parecían haberse llevado consigo gran parte de las brumas en constante suspensión en el espacio. La luz, bajo la selva, era ahora incluso más potente que en condiciones normales.

De pronto las espesuras se abrieron en medio de un seco chasquido de tallos y ramas aplastadas. Un árbol cayó de través en el inundado sendero y una mole gigantesca salió rodando profiriendo aterradores rugidos.

CAPÍTULO VI

Un monstruoso iguanodonte irrumpió de las espesuras entrando de lleno bajo la blanca luz de los faros del automóvil. Andaba derecho sobre sus dos patas traseras, arrastrando tras sí una cola corta y extraordinariamente robusta, parecida a la de un canguro.

Desde la altura de una casa de dos pisos, los ojos del iguanodonte implantados en un cráneo aplanado, se volvieron a mirar a la brillante luz de los faros. Este momento de distracción fue aprovechado por el segundo monstruo para enderezarse y atacar al fascinado iguanodonte.

Este segundo monstruo no era quizás tan gigantesco como el iguanodonte, si bien era más horripilante y estaba según todas las características mejor dotado para una lucha cuerpo a cuerpo.

De cuerpo alargado, provisto de mandíbulas de caimán, tenía una cresta ósea dorsal que se prolongaba hasta el extremo de una cola desmesuradamente larga. Dando un salto prodigioso para su tamaño y su aparente pesadez, este monstruo se lanzó con las fauces abiertas en busca del cuello del iguanodonte.

El cuello del iguanodonte estaba demasiado alto y las mandíbulas se cerraron en el aire con un chasquido seco y espeluznante. Un segundo después, ambas bestias rodaban en mortal abrazo aplastando malezas y derribando arbolillos a su paso.

—¡Atrás, atrás! —gritó el capitán Whitney.

Mister Williams Peace pisó el botón de la puesta en marcha eléctrica pero el motor no arrancó.

Mientras tanto y en las incidencias de la lucha, las dos bestias antidiluvianas rodaban hacia el «jeep» amenazando aplastarle junto con sus tripulantes.

Erle empuñó la pesada ametralladora, apretó el gatillo y lanzó contra las fieras un chorro de proyectiles. La escamosa cola del cocodrilo gigante latigueó en el aire, cogió al automóvil de costado y lo lanzó a cinco metros de distancia.

Erle Raymer se vio surcando el espacio y cayendo a continuación en el agua que cubría el suelo de la selva. Todo su terror se transformó en una especie de furor vengativo. Se puso en pie escupiendo un chorro de agua cenagosa y lanzó una maldición.

Los dos monstruos rodaban ahora hacia la izquierda soltando espantosos resoplidos. De los tractores detenidos un poco más atrás llegaban gritos y tabletear de ametralladoras.

El «jeep» había quedado volcado encima de las piernas del capitán Whitney, el cual hacía desesperados esfuerzos por mantener la cabeza fuera del agua.

Erle y su tío Williams corrieron al mismo tiempo hacia el vehículo.

Mister Peace asió al capitán por los sobacos y tiró de él mientras Erle empujaba el coche. Pero el automóvil no se movió.

—¡Ayúdame, tío! —gritó Erle.

Mister Peace abandonó al capitán y empujó el «jeep». Hernández llegó chapoteando con un lanzallamas a la espalda y unió sus fuerzas a las de tío y sobrino.

El «jeep» volteó, quedó derecho y Whitney se incorporó tosiendo y arrojando agua por nariz y boca. Hernández le ayudó. El bramido de los dinosauros ahogaba ahora todos los ruidos. Volvían a rodar por el agua cenagosa en dirección al convoy detenido en medio de la trocha. La luz de los faros cabrilleaba sobre la húmeda rugosidad de sus pieles.

—¡Ese lanzallamas, Domingo! —gritó Erle—. ¡Rocíales para que huyan de aquí!

El mexicano vaciló un instante y salió chapoteando al encuentro de los monstruos. Una cola escamosa latigueaba en el agua alzando salpicaduras en todas direcciones. Hernández enfiló la manguera contra los dinosauros.

Un chorro ígneo brotó de la manguera, trazó un bello arco en el aire y cayó sobre los monstruos. Las llamas envolvieron a los dinosauros y flotaron sobre el agua levantándose como una cortina

entre la caravana y los luchadores.

Lanzando ensordecedores bramidos los dinosauros se separaron. El iguanodonte, que sólo había recibido ligeras quemaduras, huyó entre los árboles con el lomo humeando como un dragón mitológico. Pero el otro monstruo, que había recibido de lleno el roción del lanzallamas, se quedó allí lanzando espantosos bufidos, revolcándose en el fango y el fuego poseído de furia demoníaca.

Hernández retrocedió intimidado por aquella cola latigueante. Además, el fuego se escampaba sobre el agua amenazando con alcanzar también a los vehículos.

—¡Hay que matar a esa bestia o nos destrozará! —chilló mister Peace dando saltos de excitación.

McDermit venía chapoteando con un «bazooka» bajo el brazo. Le seguía Watson con una maleta de granadas. Todos los miembros de la expedición excepto Erle Raymer y Tony Mills habían sido instruidos por el capitán Whitney en el manejo de todas las armas que figuraban en el arsenal de la expedición.

McDermit se detuvo al llegar a la altura del «jeep», hincó una rodilla en tierra y se echó el largo tubo sobre el hombro derecho. Watson extrajo una granada de la maleta y la introdujo por la boca posterior del tubo.

El dinosauro giraba sobre sí mismo mostrando alternativamente la blancura amarillenta de su panza y la cresta ósea de su dorso. McDermit apuntó y disparó.

El proyectil cohete abandonó el tubo de acero dejando tras sí un ígneo penacho de muerte y explotó contra el blanco vientre del monstruo.

Hubo una intensa llamarada acompañada de una fuerte detonación. Volaron serpenteantes vísceras del monstruo a través de las llamas.

Todas las furias del averno parecieron caer entonces en aquel rincón de la selva. El dinosauro abrió desmesuradamente sus espantosas fauces, lanzó un aterrador rugido y, arrastrándose sobre sus propias vísceras, se lanzó con furia ciega contra los vehículos terrestres.

Con los cabellos de punta, paralizado por el terror, Erle Raymer se quedó mirando aquella mole que avanzaba con la impetuosidad de un tanque. De los vehículos y los remolques empezaron a saltar

hombres y mujeres lanzando gritos de terror.

Obedeciendo sin duda a un impulso instintivo, Hernández apretó el gatillo del lanzallamas arrojando un chorro de fuego contra el hocico del monstruo. El dinosauro se detuvo en seco encabritándose como un caballo mientras sus garras azotaban furiosamente en el aire.

Al resplandor de las llamas, Erle vio a Watson introduciendo un proyectil cohete en el bazooka.

—¡Ya!

McDermit disparó y la granada, después de una corta trayectoria, se introdujo por las fauces abiertas del dinosauro pegando contra el paladar de la bestia… La explosión fue terrible. El cráneo del monstruo saltó en pedazos en mitad de una deslumbrante llamarada y la gigantesca masa del reptil, después de saltar convulsamente en el aire, chapoteó pesadamente en el agua quedando instantáneamente inmóvil.

Ahora, la última rociada del lanzallamas se extendía nuevamente sobre la superficie del agua amenazando alcanzar a los expedicionarios.

—¡El «jeep»! —gritó mister Peace—. ¡Hay que salvar el «jeep»!

Cinco pares de manos nervudas agarraron el cochecillo y lo empujaron hacia donde estaba el tractor, el cual estaba haciendo marcha atrás. Las llamas continuaron avanzando lentamente sobre la superficie del agua. Luego se detuvieron y empezaron a retroceder y apagarse.

—¡Diantre! —exclamó Erle soltando un suspiro de alivio—. Jamás me las vi tan negras. Esa rociada del lanzallamas fue realmente providencial.

—Sí —dijo mister Peace—. Domingo se portó muy bien… y también McDermit. Ese bazucazo casi le exime de la jugarreta que nos gastó al intentar huir con la astronave.

El ingeniero electricista bajó los ojos avergonzado.

—No hemos desayunado todavía —dijo mister Peace con cierto apresuramiento, como arrepentido de haber suscitado la cuestión —. Podemos comer algo mientras esperamos a que desciendan las aguas.

Una hora más tarde el agua había desaparecido y la columna se

ponía nuevamente en marcha dando un pequeño rodeo en torno al cadáver del gigantesco dinosauro. La gruesa capa de mantillo que cubría el suelo rezumaba agua al ser pisada por los vehículos.

La lluvia, al trasladar despojos de materias orgánicas de un punto a otro, había borrado en ciertos puntos las señales de las llantas de los carros. Pero en otros, donde el arrastre de las aguas había descarnado el terreno, las rodaduras aparecían claramente incluso en la peña, evidenciando un tránsito de largas décadas por aquel camino.

Dos horas más tarde la columna se encontraba pasando por un estrecho valle en cuyo fondo saltaba y espumajeaba el río. El bosque había aclarado y por encima de la copa de los árboles se entreveía la masa dominante de una montaña.

El terreno subió con brusquedad a medida que se acercaban las agrestes paredes de un desfiladero. La vegetación se hizo más raquítica y desapareció casi por completo.

De pronto, al doblar un recodo del camino contiguo al río, los tripulantes del «jeep» se encontraron ante un profundo desfiladero cerrado por una alta muralla.

—¡Hola! —exclamó mister Peace pisando bruscamente el freno y deteniendo el automóvil.

Erle Raymer hizo girar la ametralladora por encima de las cabezas de su tío y el capitán Whitney y observó atentamente la muralla. Ésta estaba hecha de grandes sillares de granito y vendría a tener unos 20 metros de altura.

Del lado de la derecha, la muralla se apoyaba en el paredón de una montaña. Había una puerta angosta, apenas suficiente para permitir el paso de un camión, que daba sobre el camino. Luego la muralla se prolongaba sobre el río formando una especie de acueducto con numerosas arcadas hasta el coronamiento de la muralla contigua. Esta extraña obra arquitectónica se apoyaba en el acantilado lamido por las turbulentas aguas del río. El arco por donde pasaba el camino era profundo como un túnel y carecía de puerta.

Por último y encima de este arco, se levantaba un torreón cuadrado, especie de atalaya en donde se destacaba un gigantesco gong sostenido por dos columnas.

La aguda mirada de Erle Raymer, siguiendo el contorno de la

muralla que destacaba sobre el fondo gris del cielo, no tardó en distinguir como media docena de figurillas humanas que debían estar observando atentamente el automóvil.

—Por las muestras nuestros venusinos no tienen nada que aprender de la obra de los antiguos romanos —dijo mister Peace.

Y lo dijo con orgullo, como si los venusinos fueran cosa propia y quisiera hacer destacar su inteligencia y capacidad para concebir obras gigantescas.

—Hay gente sobre la muralla… Allí, cerca de ese gong —señaló Erle.

Y el capitán Whitney murmuró.

—Seguramente si intentamos pasar por ese túnel nos arrojarán flechas.

—Yo creo más bien que si nos ven avanzar con los vehículos se asustarán y echarán a correr —dijo Erle.

A lo que su tío contestó:

—Bien. Nos acercaremos un poco más para ver cómo reaccionan.

El «jeep» se puso en marcha y avanzó seguido del tractor y del transporte «Breen», ambos tirando de sus respectivos remolques. Whitney tomó un par de prismáticos y les asestó sobre la atalaya.

—Hay seis indígenas allá arriba —informó—. Nos observan… hacen muecas… discuten entre sí. Uno de ellos echa a andar, se acerca al gong y toma… una maza. Va a golpear el gong. Probablemente…

Se escuchó el tañido largo, sonoro y vibrante del gong. El eco tomó aquel sonido y lo repitió infinitas veces de una montaña a otra.

—Probablemente dan la señal de alarma —dijo Whitney bajando los prismáticos.

—¿Qué podemos hacer? —murmuró mister Peace—. No quisiera tener que derramar sangre venusina.

El gong volvió a percutir despertando sonoros ecos en las montañas. Mister Williams Peace detuvo el «jeep» a un tiro de flecha de la muralla.

—Si la ciudad que buscamos está cerca pronto veremos esas murallas cubiertas de guerreros —dijo el capitán.

—A menos que manden contra nosotros esa endemoniada caballería aérea, lo cual es mucho peor —agregó Erle—. Estoy pensando que toda nuestra columna debe caber en ese largo túnel de entrada. Si consiguiéramos llegar hasta el túnel podríamos considerarnos a salvo de los guerreros de a pie y de los ataques aéreos. Con una ametralladora en cada boca…

—Sí, haremos eso —le interrumpió su tío—. Nos detendremos en el túnel y mandaremos a nuestros dos prisioneros como emisarios.

—¿Cómo esperas hacer comprender a esos muchachos que sólo nos animan intenciones pacíficas?

—Nos hemos portado bien con ellos, ¿no es cierto? También nos han visto luchar contra sus enemigos, los hombres-insecto. Si les dejamos en libertad de ir a contar todo esto a sus compañeros no es remota la posibilidad de que nos reciban amistosamente.

—Bueno —contestó Erle—. De todas formas ésa es la única probabilidad de ser bien recibidos.

Whitney se puso en pie y gritó:

—Atención. Vamos a introducirnos en ese túnel para estar más seguros en caso de un ataque aéreo. Cúbranse con las planchas y traigan una acá.

El gigantesco gong seguía sonando mientras los terrícolas se preparaban. En el coronamiento de la muralla habían aparecido algunas lanzas más, pero el total no sobrepasaba a una veintena.

Cuando todos estuvieron preparados, el transporte «Breen» avanzó en primer lugar tirando de un remolque. Las flechas lanzadas desde la muralla rebotaron una y otra vez en las planchas onduladas que sus tripulantes habían puesto a forma de techo apoyándolas sobre los laterales blindados.

—¿No es extraño que haya tan poca guarnición en esta muralla? —murmuró Whitney mientras veían avanzar al «Breen».

—A mí me parece que esa muralla no ha sido construida para contener una invasión, sino más bien para impedir el paso de los dinosauros —dijo Erle—. Observen que tanto el túnel de entrada como los arcos de eso que parece un acueducto sobre el río son demasiado angostos para permitir el paso a los grandes reptiles que hemos visto.

—Sí —aprobó Whitney—. Eso explicaría por qué la muralla es tan alta y tan extraordinariamente gruesa.

El «Breen» alcanzó el túnel de la muralla y penetró en él. El tractor se puso en marcha arrastrando el segundo remolque. El tractor tenía una cabina metálica contra la que se estrellaron las flechas. Los ocupantes del remolque habían levantado una especie de barraca con las planchas onduladas.

El tractor y el remolque entraron en el túnel.

—Ahora nos toca a nosotros. Levanta esa plancha, sobrino.

Erle sostuvo la plancha que se apoyaba del otro extremo en el parabrisas. El «jeep» avanzó como una centella y entró a su vez en el túnel deteniéndose detrás del remolque del tractor. Toda la columna cabía cómodamente en el angosto pasadizo de techo abovedado.

Mister Peace ordenó que hicieran bajar a los prisioneros. La mirada de éstos había perdido mucho de la hostilidad de la noche anterior. El archimillonario les cortó las ligaduras y les señaló sus armas y sus corazas.

—Coged vuestras cosas y largaos.

Los venusinos, evidentemente, no entendían una palabra de inglés. Pero comprendieron el significado de los gestos, pues tomaron sus corazas y sus armas y echaron a correr

Apenas salieron del túnel, media docena de saetas se clavaron a sus pies, ante ellos. Los dos prisioneros se detuvieron levantando las corazas por encima de sus cabezas y lanzaron algunos gritos. Una voz contestó desde arriba. Los dos hombres se alejaron hacia la derecha saliendo del estrecho campo visual de los expectantes terrícolas.

—Les han cogido los defensores de la muralla —suspiró mister Peace—. Esperemos que no se muestren desagradecidos al declarar.

Mientras los terrícolas esperaban en el túnel volvió a llover. La lluvia era algo tan frecuente en Venus que los expedicionarios ya casi estaban acostumbrándose a las veleidades de este meteoro.

Cayó un buen chaparrón y enseguida cesó de llover casi con la misma brusquedad que había empezado.

Lo que se veía desde el túnel no era mucho. Al otro lado de la muralla el desfiladero seguía recto un buen trecho y luego volvía a

doblar a la izquierda.

—Debe haber un valle alto y bastante extenso después de este desfiladero —dijo mister Peace con entusiasmo—. De otro modo los indígenas no se hubieran molestado en levantar aquí una muralla tan enorme.

—¡Pterodáctylus! —gritó la señorita Harlow.

En efecto, una bandada de unos cien lagartos voladores acababa de irrumpir en el desfiladero. Volaban a muy poca altura y lo hacían de un modo torpe y muy poco elegante.

La banda se elevó ante la muralla. El espacio se llenó de gritos y del ruido de alas membranosas que azotaban el aire con violencia. Un pterodáctylus, más atrevido que los demás, descendió casi hasta tocar el suelo y se mantuvo allí batiendo sus monstruosas alas de murciélago mientras el jinete que montaba a horcajadas sobre su cuello lanzaba una ojeada curiosa al interior del túnel.

Este curioseo se repitió una y otra vez en ambas bocas del túnel por otros jinetes. Algunos lanzaron flechas que rebotaron contra los muros del túnel o la proa acorazada del transporte «Breen».

—No contesten —ordenó mister Peace a sus compañeros.

Pero al cabo de una hora los expedicionarios empezaron a cansarse de aquel continuo acoso que les obligaba a permanecer en tensa vigilancia.

—¿Hasta cuándo va a durar esto, señor Peace? —preguntó el profesor Hagerman—. No podemos permanecer aquí indefinidamente.

—¡Atención! —gritó el capitán Whitney desde el «Breen»—. Se acerca un parlamentario… es uno de nuestros prisioneros.

Se trataba en efecto de uno de los venusinos puestos en libertad, el que estaba herido en un costado. Agitando una mano en el aire en señal de paz el indígena entró en el túnel y se acercó a mister Peace.

—¡Hola, buen mozo! ¿Qué hay?

El venusino empezó a hablar con rapidez en un idioma rico en monosílabos. Hizo gestos señalando hacia donde los terrícolas suponían la existencia de una ciudad. Señaló a los vehículos, y luego con la mano otra vez al desfiladero.

—Parece que nos invita a marchar por el desfiladero —

murmuró el archimillonario.

—Bien, vamos. ¿No es eso lo que queríamos? —dijo Erle.

—Vuelvan a sus puestos. Saldremos, pero sin descuidar la vigilancia. No dejen de cubrirse con las planchas, al menos hasta que estemos seguros de que no nos tienden una celada. Ven conmigo, moreno. Tú vendrás con nosotros en el «jeep».

Mister Peace asió al venusino del brazo y le llevó a lo largo de la fila de vehículos hasta el «jeep». El indígena miró aprensivamente al feo automóvil, pero acabó por aceptar la invitación del hacendado y tomó asiento en el «jeep» junte al volante.

El convoy se puso en marcha saliendo con estruendo del túnel. Erle y el capitán Whitney treparon al asiento posterior del «jeep», el cual abandonó el lóbrego túnel en pos del remolque del tractor.

Los pterodáctylus se remontaron asustados y volaron por encima de la columna motorizada describiendo círculos. Desde el «jeep», el indígena hizo señas con la mano para llamar la atención de sus compañeros. Se le veía satisfecho, después de todo.

La caravana avanzó trepidando por el desfiladero y dobló el recodo. Los paredones fueron alejándose y ante los ojos de los terrícolas se abrió un ancho y profundo valle cerrado por altas montañas a este y oeste.

El camino volvía a cruzar la selva sin separarse mucho del río. Mister Williams Peace aceleró para adelantarse volviendo a ponerse al frente de la columna. Algunos de los pterodáctylus se alejaron volando pesadamente en dirección al sur. Los otros continuaron acompañando a la caravana describiendo círculos por encima de ésta. Entre el rumor de alas que azotaban el aire se escuchaban los salvajes gritos de los jinetes del espacio.

El bosque no era aquí tan espeso como en la primera etapa del viaje. Los árboles eran más pequeños y entre ellos figuraban en mayor número las especies de hoja caediza. El clima, comparado con el bochornoso calor de la región que acababan de cruzar, era suave y templado.

Cinco kilómetros más adelante la selva cedió bruscamente a una fértil vega en donde los campos cultivados formaban a modo de un tablero de brillantes tonalidades verdes. Al fondo, sobre unas colinas, se encaramaban las murallas de lo que parecía ser una

pequeña ciudad.

Mister Peace detuvo el automóvil para contemplar el espectáculo en tanto Erle exclamaba con alborozo:

—¡Caramba, caramba! Esto no es lo que nos figurábamos. Al fin y al cabo no vamos a sentirnos tan extraños en Venus. ¿Qué te pasa, tío? Parece que esto no te gusta mucho.

—No —confesó el ranchero—. No me gusta nada. Los viejos errores de la civilización terrícola que quería corregir ya han surgido también aquí con la existencia de la propiedad privada. Esto significa límites de pertenencia, de municipio, de condado y, finalmente, de estado entre estado.

—No sé por qué esperabas otra cosa. Al fin y al cabo, el hombre es igual en todas las latitudes.

—Yo no esperaba que el venusino fuera diferente a las demás criaturas humanas. Confiaba encontrarle en tal estado de incivilidad que fuera posible crear con ellos los cimientos de una civilización completamente nueva.

—No hay que desesperar —dijo Erle—. Quizá el mal no esté tan profundamente arraigado.

Mister Peace soltó un gruñido y moviendo la cabeza con pesimismo embragó poniendo el coche en marcha. Los pterodáctylus, que se habían detenido describiendo círculos sobre la caravana, se adelantaron hacia la ciudad como deseosos de anunciar la llegada de los extranjeros.

La columna se lanzó trepidando por un camino espantosamente malo, un verdadero lodazal en donde los carros habían abierto profundas rodadas. Los campos aparecían extrañamente desiertos y silenciosos. Hombres, carros y bestias debían haberse refugiado en la ciudad amurallada al darse la alarma.

Quince minutos más tarde, habiendo vencido con apuros en la lucha contra el barro, la columna motorizada remontaba una cuesta en dirección a una puerta de la muralla. Esta muralla rebosaba una multitud bulliciosa y excitada, fija su curiosidad en los monstruos mecánicos que se acercaban a la ciudad.

Los excitados gritos de la muchedumbre cesaron como por ensalmo cuando la caravana motorizada irrumpió en la ciudad.

Ésta, en verdad, se diferenciaba bien poco de cualquier sucio

poblado de la Tierra, anterior al nacimiento de Jesucristo. Las calles eran angostas, empinadas, tortuosas y pestilentes. Las casuchas construidas de piedra y barro, constaban únicamente de planta baja, carecían de ventanas y eran tan enanas que podían tocarse los aleros desde la calle.

Como único detalle urbanístico, nacido sin duda del problema que planteaba la abundancia de lluvias, se destacaba el desigual y no siempre eficiente empedrado de las calles. Cuando las orugas del «Breen» y del poderoso tractor empezaron a rodar fragorosamente sobre el empedrado de lo que parecía calle principal, las casucas inmediatas temblaron como sacudidas por un terremoto.

Un silencio de muerte había caído repentinamente sobre la ciudad. No se veían animales, ni mujeres, ni niños. Los hombres que se apiñaban mudos y amedrentados en las bocacalles, estirando los cuellos para sacar las cabezas por las esquinas, huían despavoridos ante la proximidad de las bestias mecánicas y no se detenían hasta encontrarse a una distancia que ellos debían considerar todavía temeraria.

La caravana trepó por una empinada calleja hasta una especie de ciudadela que se levantaba sobre lo alto de la colina, en el centro de la ciudad. En medio de la explanada se erigía un curioso monumento, el cual consistía en un círculo de grandes piedras talladas en forma de prismas cuadrangulares que sostenían una curiosa losa plana de unos diez metros de diámetro.

El monumento carecía en absoluto de belleza y toda su importancia debía residir en la hazaña que representaba para los pobres medios indígenas, colocar sobre las columnas aquella gigantesca losa de granito.

Un grupo de ancianos pobremente vestidos que empuñaban sendos grandes cayados o báculos esperaban ante el monumento.

El guía se apeó del «jeep» haciendo señas a los terrícolas para que le siguieran.

Mister Peace llamó al profesor Clancey, al profesor Hagerman y a miss Harlow.

—Quédense los demás donde están —añadió.

El grupo formado por mister Peace, miss Harlow, Clancey, Hagerman, Whitney y Erle, se acercó lentamente al porche. De las calles que trepaban hasta la ciudadela iba saliendo una

muchedumbre silenciosa y amenazadora, erizada de lanzas y de cascos de no muy brillante bronce.

Uno de los ancianos se adelantó haciendo visibles esfuerzos por disimular su temor y ofreció a mister Peace un cuenco que contenía sal.

—Supongo que con este gesto nos dan la bienvenida —murmuró el ranchero tomando el cuenco—. ¿Qué debemos hacer ahora?

—Supongo que probar la sal —contestó el profesor Clancey.

Mister Williams Peace tomó un pellizco de sal y se la echó a la boca. Se escuchó por todo el ámbito de la plaza un murmullo de aprobación.

—Parece que hemos acertado —dijo el ranchero pasando el cuenco a sus compañeros.

Erle tomó otro pellizco de sal. Una voz inició un canto y enseguida la muchedumbre se puso a cantar una melopeya que se acompañaba con el golpear de las lanzas contra el suelo y un pataleo rítmico.

Cediendo a la invitación por señas que le hacía el anciano, mister Peace entró en el quiosco seguido de sus compañeros.

Los ancianos entraron también y tomaron asiento en sendas piedras cuadradas que había ante la parte interior de cada columna. Eran unos doce o trece en total.

Los terrícolas permanecían de pie en medio del círculo mientras el mismo anciano que les ofreció la sal pronunciaba lo que debía ser un elocuente discurso. De éste apenas pudo escucharse nada, porque los guerreros seguían cantando afuera. Pero aunque hubiera podido escucharse habría sido igual. Los terrícolas no entendieron ni una palabra.

Cuando el anciano terminó de hablar se sentó. Entonces se hizo el silencio en la plaza y un millar de pares de ojos se clavó expectante en los terrícolas.

—Parece que ahora te toca hablar a ti, tío —susurró Erle.

Mister Williams Peace sonrió y dijo al concilio:

—Mis queridos amigos. Gracias por ese emocionante discurso del que no hemos entendido ni jota. No sé ciertamente si en él nos dais la bienvenida ofreciéndonos vuestra hospitalidad o solamente queréis aplacarnos esperando que prosigamos nuestro camino. Nos

gustaría mucho saberlo, ya que no deseamos continuar adelante, sino permanecer aquí. Éste parece un buen sitio para comenzar nuestra tarea colonizadora. Vamos a quedarnos con vosotros y a tratar de comprender vuestros problemas para ayudaros a resolverlos… Al fin y al cabo, quizás vuestros problemas sean también los nuestros y nos necesitemos mutuamente para hacer frente común contra esos desagradables hombres-insecto…

Mister Peace se volvió a sus compañeros y agregó:

—Bueno, creo que es inútil seguir hablando, puesto no pueden entendernos. Capitán Whitney, ¿no le parece que este mismo porche es un buen sitio para acampar?

—Es un lugar magnífico.

—Entonces vamos a descargar los vehículos metiendo aquí todo el equipaje.

Whitney señaló a la asamblea.

—¿Cree que a ellos les gustará?

—No importa que les guste o no. De todas maneras vamos a quedarnos.

El capitán abandonó el quiosco y llamó a los conductores para que acercaran los vehículos y empezaran a descargar. Los ancianos del consejo vieron con recelo cómo los mastodontes mecánicos envolvían al quiosco. Apenas los terrícolas empezaron a lanzar bultos a tierra saltaron en pie reuniéndose en medio del pabellón y hablaron entre sí gesticulando y braceando muy excitados.

Uno de los consejeros, el que había ofrecido la sal, se acercó a mister Peace y le habló con mucha rapidez señalando a los vehículos, y luego en dirección al sur por encima del parapeto de la ciudadela.

—Parece que nos invitan a que prosigamos nuestro camino hacia el sur —apuntó Erle.

Mister Peace hizo señas negativas, golpeó el suelo con el pie y dijo:

—No, amigo. No vamos a marcharnos. Nos quedamos aquí.

El anciano frunció el ceño, regresando junto a sus compañeros.

—Dense prisa en descargar —apuró el archimillonario—. Quizás tengamos pelea.

Los ancianos llamaron al joven indígena que había sido

prisionero de los terrícolas. Al parecer le hicieron algunas preguntas referentes a los extranjeros, porque el joven guerrero se puso a hablar con vehemencia. Señaló al norte, luego a los terrícolas y después a su costado herido y vendado. Gesticuló y desarrolló una especie de pantomima que parecía estar relacionada con el ataque a la columna y la lucha de los extranjeros con el dinosauro que finalmente quedó muerto en el sendero.

Finalmente, el joven indígena se acercó a Erle, indicó con el dedo la «metralleta» que éste empuñaba y señaló con el brazo extendido a la apretada fila de guerreros que, desde una prudencial distancia, seguían atentamente los movimientos de los extranjeros.

—¿Qué quieres, moreno? —preguntó Erle frunciendo el ceño.

—¡Uh… huuh! —gruñó el indígena señalando a la ametralladora y a la muchedumbre.

—¿No querrás que dispare contra tus amigos, verdad?

—Sí, señor Raymer —dijo miss Harlow subrayando el «señor»—. O mucho me equivoco o este muchacho ha estado hablando a la asamblea del mágico poder de nuestras armas. Quizás le hayan pedido que les hagamos una demostración…

—¿Matando un montón de su propia gente? —exclamó Erle estupefacto.

—¡Oh, no creo que la vida humana sea de mucho valor en este mundo!

—Sin embargo, no podemos hacer una demostración tan brutal —exclamó mister Peace—. Nosotros estamos civilizados. ¡Whitney! —llamó.

El capitán acudió rápidamente.

—¿De manera que quieren una demostración de fuerza? —murmuró después de oír la explicación de mister Peace—. Bueno, eso es fácil. Tenemos dos morteros, un par de bazookas y bastante dinamita para arrasar la ciudad. Podemos empezar a tirar con todo hasta que los indígenas digan «basta».

—Es una magnífica idea —dijo el archimillonario con pupilas muy brillantes—. Después de todo este poblado no vale nada y hemos de tirar esas porquerías para levantar en su lugar casas modernas y abrir calles más anchas. Vaya a hacer los preparativos.

El capitán se alejó y miss Harlow exclamó:

—¡Pero oigan! No hemos visto mujeres ni niños desde que llegamos a esta ciudad. Sin embargo, tiene que haberlos. Quizás estén escondidos en las casas. Si las bombardeamos…

—No hay una mujer ni niño en todo el pueblo —aseguró Erle—. Observen que tampoco hemos visto carros ni bestias de tiro alguno, aunque sabemos que existen. Todo parece indicar que los habitantes de esta ciudad, previniendo el ataque de los hombres-insecto, han evacuado a las mujeres y los niños mandándoles a otra parte. Por lo tanto, podemos arrasar la ciudad sin miedo a herir a nadie. Todos sus habitantes están aquí en la ciudadela.

Diez minutos más tarde, los morteros quedaban emplazados en el centro de la plataforma. Dejándolos a cargo del capitán Whitney, de la esposa de éste, de Hagerman y el profesor Clancey, el resto de la expedición tomó los «bazookas» y una caja de dinamita y se acercó al parapeto de la ciudadela seguido de los intrigados ancianos de la tribu.

—¡Preparados! —gritó mister Peace, echándose un «bazooka» al hombro.

—¡Fuego a discreción! —gritó Whitney, tirando del cordón de su mortero.

Se escucharon dos sordos estampidos y dos granadas de mortero subieron en el espacio dando volteretas. Al llegar a cierta altura, las granadas empezaron a caer, enderezándose. Cuando iban a chocar contra el suelo, mister Peace y McAllister dispararon simultáneamente sus «bazookas».

Las cuatro granadas estallaron casi al mismo tiempo haciendo volar a gran altura piedras, maderas y ramas procedentes de la techumbre de las casas. Erle, McDermit, Hernández, Ramírez, Watson y miss Harlow empezaron a lanzar cartuchos de dinamita por el parapeto.

En medio de un infernal concierto de explosiones, entre llamas y humo, los aterrorizados venusinos vieron cómo todo un lado de la ciudad saltaba en pedazos, arrasado por la apocalíptica conjunción de granadas de mortero, proyectiles «bazooka» y cartuchos de dinamita.

De hecho, la ciudad era tan vieja y sus casas tan frágiles que la inmensa mayoría se derrumbaron solas al trepidar el suelo o faltarles el apoyo en que se apuntaban unas con otras.

Los indígenas, abocados sobre el parapeto de la explanada, se quedaron unos minutos viendo con ojos espantados cómo su ciudad se deshacía entre truenos, llamas, humo y nubes de polvo. Enseguida se escuchó una especie de aullido y todo el mundo se echó de bruces en el suelo gimiendo y golpeando el piso con la frente.

—¡Basta, alto el fuego! —gritó mister Peace viendo al consejo de ancianos que se echaba también a tierra temblando de terror.

Antes que sonara el último estallido de las granadas, los terrícolas adquirían categoría de dioses ante los anonadados venusinos.

CAPÍTULO VII

El ronquido de la monstruosa «bestia de hierro» y el ir y venir de las «luces mágicas» en la plataforma de la ciudadela anunciaron a los habitantes de la dormida ciudad que los «brujos extranjeros» se disponían a emprender su proyectada excursión al norte.

Los centinelas de la muralla hicieron resonar su caracola. El mugido grave y ronco de la caracola puso en pie a la centuria de «drasgats» que con sus «dragos» debían escoltar a las«bestias de hierro» desde el aire.

Los «drasgats» tomaron sus armas y fueron a sacar sus cabalgaduras de las cuadras. Algunos de los «drasgats» iban armados con los nuevos arcos que les estaban enseñando a construir los extranjeros. Los «drasgats» todavía no estaban acostumbrados a estos arcos pequeños, más pesados que los arcos de madera, que los extranjeros llamaban «ballesta». Pero reconocían unánimemente que la ballesta era muy superior a sus arcos convencionales, pues sus flechas atravesaban la dura «piel» de un hombre-araña a cincuenta pasos de distancia y estaban decididos a adoptarla haciéndose con ella tan hábiles como tenían fama de serlo con los grandes arcos, que ya utilizaban sus antepasados.

Los hombres de la ciudad de Yaart tenían especial interés en que la expedición de los extranjeros se realizara sin contratiempos, ya que éstos, con su torpe lengua, habían prometido traer desde su campamento anterior nuevas «bestias de hierro» que, rumiando, rumiando, harían más y mejores ballestas que todos los hábiles forjadores de Yaart juntos.

Los yaartitas habían visto estas extrañas «bestias» allá en el

acantilado donde concluía la cordillera occidental. Durante ocho días, los «drasgats» habían estado realizando constantes idas y venidas hasta aquel acantilado, sacando a lomos de sus alados «dragos» cuantas herramientas, cajas y cosas raras había esparcidas allí y era posible llevar por el aire.

Los extranjeros se proponían ir hoy allá en sus grandes bestias pestilentes para traer con ellas las cosas que, por ser demasiado grandes y pesadas, no pudieron acarrear los «dragos». Y una centuria de «drasgats» iba a acompañarles.

En la meseta de la plazoleta, los «hechiceros extranjeros» despertaban a sus bestias mecánicas y les echaban aquel extraño alimento líquido que tanto apestaba. Luego, metida la cabeza en las horripilantes entrañas de los monstruos, tocaban aquí y allá tripas y nervios humeantes que de vez en cuando hacían rugir más fuerte a los animales.

Cuando Zurk subió a ciudadela entre las dos luces del alba, su amigo Erle le esperaba ya. Zurk estimaba en gran manera a los extranjeros porque, sin contar la forma que le habían curado y cuidado cuando le hirieron de bala, ellos le hacían objeto de una deferencia especial, encomendándole muchos trabajillos de su campamento, recados y diligencias que luego recompensaban sentándole a su mesa y haciéndole regalos que eran la envidia de todos los yaartitas.

Zurk no era yaartita, sino hagarita. En Hagar, antes que los hombres araña llegaran en forma de nube y pasaran a cuchillo a todos los habitantes de la ciudad, Zurk ocupaba un lugar preeminente por ser hijo del gran jefe Zurk el Negro. Ciertamente, en Yaart, Zurk no era nadie, excepto un forastero al que los yaartitas trataban casi con desprecio.

Quizás por esto y porque todavía llevaba en el corazón el dolor por la muerte de su padre, de su madre y de todos sus hermanos, Zurk se había sentido atraído desde el primer momento hacia aquellos extraños forasteros que, en contra de lo que era costumbre, recogían y curaban a sus enemigos en vez de rematarles en el campo de batalla.

El corazón de Zurk gozaba de la compañía de los brujos extranjeros y especialmente de la de su gran amigo Erle.

Cuando Zurk bajó sobre la explanada de la ciudadela llevando

del ronzal al «drago» que Erle se disponía a montar, éste le esperaba echando humo por los agujeros de la nariz.

—Aquí está Zurk con los pterodáctylus —dijo Erle a la señora Aronson—. Sírvale una taza de café.

Zurk dejó los «dragos» mordisqueando la hierba junto al parapeto y se acercó al campamento.

—Buenos días, Zurk —le saludó Erle—. Siéntate y tomarás café.

Zurk disimuló la risa que le causaba oír a Erle hablar tan mal el idioma del país y tomó asiento sobre una caja vuelta del revés. La señora Aronson puso tres grandes cucharadas de azúcar en una taza, acabó de llenarla de café y se la tendió a Zurk.

Mientras el hagarita se relamía los labios, los extranjeros empezaron a hablar con su endiablado idioma, del que Zurk no entendía sino alguna palabra suelta.

—Anoche llegaron más familias desde sus refugios de la montaña —dijo el capitán Whitney—. Estamos contrayendo una tremenda responsabilidad con estos pobres indígenas. Circula por ahí el rumor de que somos invencibles, que vamos a destruir a los hombres-insecto si éstos osan atacar la ciudad… Pero nosotros sabemos que los hombres-insecto atacarán y que sólo un milagro podría impedir que Yaart sea pasada a cuchillo como lo fue Hagar hace nueve días. No sólo deben volver esas familias a la montaña, sino que también nosotros debiéramos evacuar, permaneciendo ocultos hasta que transcurra el verano y los insectos vuelvan a su país.

—Si nosotros nos marcháramos, los indígenas permanecerían aquí —contestó mister Peace—. Nuestros amigos serían aniquilados y nosotros perderíamos todo el prestigio que hemos adquirido. En la mentalidad de los yaartitas no cabe la idea de que los extranjeros, con sus tremendos medios de destrucción, huyan ante un enemigo al que ellos están dispuestos a hacer frente.

—Debiéramos hacer comprender a esta gente que jamás vencerán con sus trescientos pterodáctylus escasos al millar o más de saltamontes que poseen los hombres-insecto.

—Después del encuentro aéreo de los yaartitas con los hombres-insecto puede calcular que el número de éstos ha disminuido algo —apuntó Erle Raymer—. Los yaartitas que intervinieron en aquel combate fueron aniquilados por completo, pero al menos se

llevarían por delante dos centenares de saltamontes con sus jinetes.

Willard Whitney hizo una mueca.

—Aunque sólo sean ochocientos. La desproporción todavía es considerable.

—La ballesta dará alguna superioridad a nuestras fuerzas —dijo mister Peace—. Si los insectos tardan solamente un par de semanas en atacarnos van a encontrarse con una sorpresa muy desagradable.

—Ésa es la cuestión. El ataque de los hombres-insecto puede producirse de un momento a otro. Probablemente no nos darán tiempo de armar con ballesta a toda nuestra caballería del espacio. Además, la ballesta por sí sola no es suficiente para equilibrar una desproporción de fuerzas tan abrumadora.

—Bueno —murmuró Erle—. También estamos nosotros con nuestras ametralladoras, nuestra dinamita y nuestras bombas de mano. Además, no sé por qué se apura usted tanto. Hemos convertido nuestros vehículos en carros blindados y al «Breen» en todo un señor tanque. Por muy mal que fueran las cosas para los indígenas, todas las flechas de los hombres-insecto no pueden impedir que escapemos con nuestras máquinas.

Al decir esto Erle señalaba los vehículos y remolques estacionados en la meseta. Utilizando láminas de bronce indígena sobre un armazón de viguetas angulares de acero traídas del anterior campamento a lomos de pterodáctylus, los terrícolas habían convertido el transporte «Breen» en un auténtico carro de combate al que ni siquiera faltaba su torreta giratoria.

El automóvil «jeep» quedaba convertido en un carro blindado con sólo carrozarlo de furgoneta empleando también planchas de bronce indígena. También tenía su torreta giratoria armada de ametralladora, y otra ametralladora junto al puesto del conductor tirando hacia adelante.

El tractor oruga iba provisto de una cabina metálica y no fue necesario introducirle más reformas que cubrirla por atrás y sustituir los cristales de las ventanillas con planchas de metal.

Las planchas onduladas se habían utilizado para convertir los remolques en otros tantos furgones. La plancha era sencilla en los laterales y doble en el techo, de modo que éste no podía ser atravesado por las flechas que se le lanzaran desde el aire.

Todos los vehículos y remolques, por último, estaban pintados

de verde oscuro.

El capitán Whitney se volvió a mirar los vehículos y su aspecto macizo, aunque un poco grotesco, pareció tranquilizarle. Luego, arrugó el ceño y refunfuñó:

—Otro gallo nos cantara si al preparar esta expedición hubiéramos sabido la clase de enemigo que aquí íbamos a encontrar. Con un par de tanques ligeros y tres o cuatro cañones antiaéreos no teníamos saltamontes ni hombres-insecto ni dinosauros para una merienda.

—Desgraciadamente, no conocíamos lo que nos esperaba en Venus —contestó mister Peace—. Además, contábamos con nuestra astronave para regresar.

El recuerdo de la astronave y la apurada situación en que les había dejado la huida de ésta abrió un largo paréntesis de silencio.

—Bueno —suspiró Erle poniéndose en pie y tomando una pequeña emisora de radio portátil—. Es una tontería hablar de lo que pudo haber sido y no fue. Tanques y cañones podemos construirlos nosotros mismos con los medios que tenemos a nuestro alcance. Todo es cuestión de tiempo… Parece que los hombres-insecto vienen por aquí todos los años en primavera o verano. El año que viene estaremos en condiciones de zurrarles a esos bichos de tal forma que se les quite ese apetito de carne humana que les trae de cacería por aquí. ¿Vamos ya, señores?

McDermit, Domingo Hernández y José Ramírez se pusieron en pie y se encaminaron hacia el «jeep», en tanto McAllister y Watson trepaban al pescante del tractor, al cual estaba enganchado uno de los remolques.

Erle hizo una seña a Zurk, el guerrero de Hagar. Zurk tomó una ligera silla de montar de la que colgaba un par de estribos y fue a colocársela en el cuello a uno de los fieros «dragos» que había traído consigo. Aunque llevaban cinco días tratando de acostumbrar al pterodáctylus a la silla, éste todavía se resistió lanzando aviesas dentelladas a Zurk, que le esquivó con habilidad.

—¿Por qué no desistes de montar en esa fiera, Erle? —murmuró mister Peace mirando con desconfianza al gigantesco reptil volador —. Eso no es un caballo. Si te tira de más de diez metros de altura cuenta que te hace papilla.

—Me gusta montar estas bestias. Claro que una caída desde

ellas es siempre mortal, pero, en cambio, se experimenta una seguridad en vuelo que no puede compararse a la del mejor aeroplano. Aquí, uno sabe que el motor no va a fallar.

Zurk había conseguido colocar la silla al pterodáctylus, apretando la cincha alrededor del cuello del animal.

—No cometas imprudencias, Erle —recomendó mister Peace—. ¿Llevas los prismáticos? Bien. Si divisas alguna partida de hombres-insecto da media vuelta y regresa. Y no dejes de estar en contacto por radio con el «jeep». Nosotros, a nuestra vez, estaremos en comunicación con la radio del coche.

Erle asintió distraídamente, más atento a las señas que le hacía Zurk que a las recomendaciones de su tío.

—No pases cuidado por mí —dijo. Y echando a correr saltó ágilmente sobre el cuello del pterodáctylus, quedando montado a horcajadas en la silla de cuero.

El reptil, al que los indígenas llamaban «drago», desplegó sus grandes alas de murciélago y, asustado, se remontó en el aire llevando a Erle montado en su largo y robusto cuello.

Ésta no era la primera vez que Erle Raymer montaba en «drago». Durante toda la semana que llevaban en la ciudad había estado haciendo tentativas; primero, para perder la instintiva repulsión que le producía el feo lagarto volador; luego, para acostumbrarse a las triquiñuelas y reacciones del animal, y por último, para acostumbrar a éste al contacto de la silla y la opresión de la cincha.

Los «drasgats», o sea los guerreros que montaban en «drago», lo hacían a pelo y con una soltura parecida a la que los indios pieles rojas norteamericanos montaban en sus medio salvajes «mustangs». Pero Erle, aunque podía decirse que había nacido a lomos de un caballo y montaba éstos a pelo, no quería arriesgarse a una caída desde un «drago». La caída de uno de estos animales era siempre mortal… a menos que uno llevara paracaídas. Y Erle no disponía de paracaídas, si bien esperaba poder fabricárselo dentro de poco.

El «drago», que visto desde abajo parecía tener un vuelo pesado y torpe, era, en realidad, una montura muy resistente y de vuelo muy seguro. Uno tenía la impresión de ir a bordo de un barquichuelo en continuo cabeceo sobre un mar agitado. Con el batir de sus grandes alas, el pterodáctylus subía y bajaba

produciendo una sensación de mareo a la que costaba acostumbrarse.

Metiendo apresuradamente los pies en los estribos, Erle dejó que la montura se remontara a su gusto y recobrara la tranquilidad. La meseta pareció hundirse bajo sus pies. De diversos puntos de la ciudad se elevaban también en pesado aleteo hasta un centenar de «dragos».

Erle empuñó las riendas de su fantástica cabalgadura y la dirigió suavemente describiendo un amplio círculo sobre la ciudad. Era la primera vez que subía a tanta altura y el haberlo conseguido, el encontrarse a lomos de una bestia extraordinaria que podía llevarle de un lado a otro con la rapidez de un helicóptero, inspiró en Erle Raymer una sensación de completa y gozosa libertad.

Zurk subió también y puso su «drago» junto al de Erle. El «jeep» y el tractor salían de la ciudad cuando la centuria de «drasgats» se reunió en el aire. Su capitán, un robusto indígena de luengos bigotes negros, hizo señas a Erle para que se acercara. Erle y Zurk se colocaron a la derecha del centurión y toda la banda enfiló al norte volando con extraordinaria rapidez sobre la fértil vega en dirección al desfiladero.

El «jeep» y el tractor quedaron prontamente atrás La banda pasó sobre la imponente muralla que tanto había sorprendido a los terrícolas el día que entraron en el valle. Erle sabía ahora que aquella muralla, como supuso, había sido levantada por los antiguos pobladores del valle para impedir la expansión de los grandes dinosauros desde la región inmediata.

Volando sobre el caudaloso río, el cual se hacía más ancho a medida que avanzaba hacia el norte, Erle no tardó en ver el extremo de la cordillera donde levantaron su primer campamento.

El camino que la columna motorizada tardó cinco horas en recorrer fue cubierto por el aire en menos de una hora. Erle desenfundó los prismáticos y oteó con ellos al frente, a la derecha y a la izquierda. Registró con especial atención la cornisa donde tuvieron su campamento y la selva inmediata con el fin de asegurarse que no les aguardaba ninguna sorpresa. Luego tomó la emisora de radio portátil para establecer contacto con la radio de que iba equipado el automóvil «jeep».

—Hola, Raymer —le contestó la voz de McDermit—. Acabamos

de pasar la muralla. ¿Cómo le va con ese caballejo del diablo?

—Estupendamente. Estamos sobre la cornisa registrando los alrededores para asegurarnos de que no hay hombres-insecto. Vamos a descender y a empezar a bajar el equipo para que ustedes puedan cargarlo al pie del barranco.

—Bien —dijo McDermit—. Si no se pone a llover, lo cual me extrañará mucho, calculo que estaremos ahí dentro de un par de horas. Si para entonces han bajado toda la carga de la cornisa, tanto mejor. Será cuestión de cargar en un momento y emprender el viaje de vuelta antes que los hombres-insecto nos olfateen y tengamos jarana.

—Procuraremos tenerles la carga preparada. Corto.

Erle cortó la comunicación, se terció la ligera emisora a la espalda e hizo una seña al centurión. Poco después la banda se posaba en la cornisa del acantilado dejando en el aire una patrulla de once «dragos» como centinelas.

Erle desmontó entregando las riendas de su «drago» a un guerrero y dio unos pasos por la plataforma mirando a su alrededor. El lugar acusaba las frecuentes visitas de los indígenas, mandados allí por mister Peace para que sacaran a lomos de sus pterodáctylus todo lo que pudieran.

Sin nadie que les dirigiera, los indígenas habían obrado a su capricho estropeando casi tanto material como pretendieron rescatar.

Pero todos los destrozos no eran obra de los indígenas. También los hombres-insecto habían vuelto al acantilado después que los terrícolas se marcharon, y de esta vandálica incursión quedaban los restos de gran cantidad de material de laboratorio machacado, aparatos de radio destrozados y libros, enseres de cocina, granos, botellas, botes de conservas, máquinas de fotografiar, rollos de película, cartuchos, catres de campaña, sillas, mesas, neumáticos, piezas de recambio para automóvil, rollos de hilo de cobre, clavos, tornillos, herramientas y mil objetos más esparcidos y revueltos a todo lo ancho de la cornisa.

Los nativos, sin capacidad para discernir entre lo útil y lo inútil, habían estado llenando sus alforjas con todo lo que encontraban y llevándolo a Yaart… cuando no se quedaban con aquella parte del botín que más les gustaba. Por esto, a veces, el contenido de una

alforja era un montón de vidrios rotos… o un par de cacerolas abolladas y agujereadas por los hombres-insecto.

El propósito que hoy animaba a los terrícolas era rescatar parte del material pesado allí abandonado. Este material, tanto por su peso como por su robustez, era el que menos daño había sufrido. Sin embargo llevaba camino de estropearse por completo a causa de estar expuesto a la intemperie. Los hombres insecto por una parte, y los indígenas por otra, habían destrozado el embalaje de esta maquinaria y robado o rasgado los encerados que las cubrían.

Erle Raymer empezó por clasificar algunas cosas que todavía podían servir y luego señaló a los indígenas las cosas que debían bajarse para ser cargadas en el remolque. Estas piezas eran una fragua, un yunque, un torno, un compresor de motor de explosión y un equipo electrógeno, también movido por un motor de gasolina.

El arrastre del compresor y la unidad electrógena no ofrecían dificultades, por estar provistos de llantas de automóvil. La fragua era ligera. Lo más pesado y difícil de trasladar era el torno. Por lo tanto, Erle decidió empezar por el torno. Le quitó todas las piezas que pudo y lo dejó en manos de los más forzudos indígenas.

Cuando el «jeep» y el tractor llegaron dos horas más tarde, todo el material, incluso el torno, estaba ya al pie del talud listo para ser cargado.

—Si quiere descansar un rato mientras nosotros cargamos, suba al «jeep» y llame a la ciudad anunciando que hemos llegado sin novedad y nos disponemos a tomar la carga —le dijo McAllister a Erle.

Erle trepó al «jeep» blindado y manipuló en los mandos de la radio.

—¡Hola, Yaart… hola, Yaart! ¡Aquí, Raymer! ¡Hola! Yaart… escuche, Yaart!

Un largo silbido salió del tornavoz. Erle movió la aguja del dial. Hizo girar el botón del volumen. De pronto se escuchó, lejana y entrecortada por la estática, una voz que repetía:

—¡Atención… atención! ¡Atención, señor Peace! ¡Aquí, Custer…! ¡Señorita Custer, al aparato… Oigan…! ¿Me oyen ustedes?

—¡Christina Custer! —exclamó Erle con voz ronca por la emoción.

—¡Por el amor de Dios, señor Peace… o quienquiera que me esté escuchando! ¿Me oyen ustedes? ¿No pueden contestarme? ¡Atención… atención!

Erle saltó del asiento, asomó la cabeza por la portezuela y llamó:

—McAllister… Hernández… Watson. ¡Vengan acá! ¡Miss Christina Custer está lanzando una llamada general por radio!

—¿Cómo? —gritó McDermit pegando un brinco de sorpresa.

—¡Miss Custer está hablando… llamándonos por radio!

—¡Dios bendito! —gritó McAllister corriendo como un gamo hacia el «jeep».

McDermit, Hernández, Ramírez y Watson corrieron también sin aliento reuniéndose en torno al «jeep».

—Escuchen —dijo Erle dando más volumen al aparato—. Escuchen esto.

—Aquí. Christina… atención, señor Peace, o quienquiera que pueda escucharme. Me encuentro herida… —dijo la radio.

McAllister lanzó una ronca exclamación de sorpresa. McDermit le tapó la boca con la mano y adelantó el oído para no perder ni una de las sílabas que lentas y confusas brotaban del tornavoz del aparato.

La secretaria del profesor Dening continuó diciendo…

—… los hombres-insecto me rodean por todas partes… están incluso a bordo de la astronave… revolviéndolo todo… armando un ruido infernal…

La estática diluyó las entrecortadas palabras de Christina Custer de un taladrante silbido. Pálido de emoción, empapado de sudor frío, Erle movió el botón del dial tratando de volver a coger aquella emisora. Lo consiguió al fin con un suspiro de alivio.

Miss Christina Custer seguía hablando. Decía:

—… por si me estuvieran escuchando y yo no pudiera… o no supiera captar su emisión… Ha sido horrible. ¡Dios mío, no sé por qué se empeñarían estos hombres en volver a la selva! No tenían bastante oro al parecer… Querían coger más antes de regresar a la Tierra… ¡Dios bendito… si pudieran escucharme ustedes… si les fuera posible llegar hasta aquí!

Se escuchó algo parecido a un sollozo.

—¿Y si intentáramos contestar a esa pobre chica… darle ánimos? —insinuó Hernández.

—¡Cállese y no diga tonterías! —contestó McAllister—. Nuestra emisora es demasiado pequeña para hacer llegar un mensaje tan lejos. Apenas podemos oír la potente estación de la astronave… ¿cómo quiere que la chica nos oiga a nosotros?

—En Yaart tenemos una emisora potente.

—Sí, pero el grupo electrógeno que se necesita para hacerla marchar está aquí… averiado.

—Bueno, cállense los dos a ver si es posible escuchar algo más.

—Déjeme ese puesto, Raymer. A ver si yo consigo coger a miss Custer —dijo McDermit.

Erle cedió el asiento al ingeniero, pero todos los esfuerzos para volver a sintonizar la onda de la astronave fueron inútiles.

—Miren, no podemos perder todo el día tratando de captar esa voz —dijo Erle—. Llamen a Yaart preguntando si desde allí han cogido algo y vamos a continuar cargando el material.

McDermit quedó tratando de establecer contacto con el campamento de Yaart y los demás regresaron al remolque para concluir la carga de la maquinaria.

Ya sólo faltaba cargar el equipo compresor cuando se produjo una pequeña alarma al ser avistada una escuadra de saltamontes gigantes que volaba sobre la selva en misión de patrulla o al ojeo de caza.

La patrulla de hombres-insecto divisó a la escuadra de pterodáctylus que hacía servicio de guardia y se dirigió hacia ésta. Medio centenar de «dragos» se elevaron enseguida y los insectos, al verse en inferioridad, dieron media vuelta y escaparon hacia el norte, o sea hacia Hagar.

—Vamos a darnos prisa —dijo Erle a sus compañeros—. Esos bichos no tardarán en volver con refuerzos.

Erle llamó a Aderk, el jefe de la centuria, y le hizo entender que deseaba que se quedara allí media docena de hombres regresando los demás a Yaart llevándose las monturas.

Aderk comprendió los deseos de sus amigos, nombró a cinco de sus hombres para que se quedaran con Zurk y Erle y se marchó con los demás.

Los terrícolas acabaron de cargar el compresor con la ayuda de los seis indígenas. Erle hizo subir a los nativos en el remolque, les indicó las aspilleras por donde podían disparar sus flechas en caso de un ataque y corrió a subir en el automóvil blindado. Estaba cerrando la portezuela cuando los hombres-insecto aparecieron en forma de enjambre y se lanzaron contra los vehículos blindados.

Las lanzas cayeron con estruendo de pedrea sobre el techo blindado del «jeep». Desde la cabina metálica del tractor, Watson empezó a disparar su «metralleta» a través de las aspilleras practicadas en las ventanillas.

Ramírez y Hernández abrieron fuego también con las dos ametralladoras del «jeep». Una docena de saltamontes y hombres-insecto cayeron revolcándose en el suelo. McDermit embragó y puso el automóvil en marcha detrás del tractor, que ya había empezado a rodar.

Otros diez o doce enemigos fueron derribados antes que los vehículos penetraran en la selva en medio de una lluvia de flechas. Luego la apretada vegetación tendió sobre los vehículos un manto protector y los insectos tuvieron que desistir de su ataque.

Cuatro horas más tarde la caravana entraba en Yaart sin haber sufrido nuevos ataques, remontaba la empinada calleja y se detenía en la explanada de la ciudadela.

CAPÍTULO VIII

La excitación producida por la inesperada llamada de Christina Custer desde la potente emisora de la astronave era, naturalmente, grande en el campamento. Los que llegaban de un fatigoso viaje a través de la selva encontraron en los que esperaban como un reflejo de la misma luz esperanzada que brillaba en sus ojos.

Erle sabía que en el campamento se había tratado en vano de captar aquella llamada de miss Custer. Sin embargo preguntó:

—¿Alguna novedad?

—No, ninguna —contestó mister Peace—. No hemos podido oír a Christina ni antes ni después de avisar vosotros. ¡Pobre muchacha, a lo peor ha muerto!

La mesa estaba siendo servida por miss Harlow y mistress Whitney cuando los viajeros se apearon de sus vehículos. Así que empezaron a comer se desató el saco de los comentarios.

—Nunca podía esperar semejante estupidez del profesor Dening. ¡Miren que volver allá por unos kilos más de oro, sabiendo que la selva estaba infectada de hombres-insecto! —exclamó el capitán Whitney.

—Eso debió ser idea de Glenbrook, de Martindale o de los pilotos —dijo el profesor Clancey—. Considerarían que era una lástima regresar a la Tierra cuando tan cerca estaban del oro… y cayeron víctimas de su codicia. Miss Custer dijo que estaba sola rodeada de hombres-insecto, ¿no fue eso?

—Sí. Y estaba herida —contestó Erle—. Los hombres-insecto, al parecer, estaban dentro de la astronave. Tal vez quedara la muchacha a bordo. Los insectos atacarían por sorpresa, debieron matar a todos los que se encontraban en tierra y luego trepar por la

escalera hasta la bodega del cohete. Miss Custer se encerraría en la cámara de derrota… eso puede haber ocurrido hace cuatro o cinco días y la pobre muchacha estar llamándonos desde entonces… sin poder salir de su encierro… herida, sola y sin provisiones.

—¡Tenemos que ir allá! —exclamó el profesor Hagerman.

—¡Oh, claro que iremos! —contestó mister Peace—. Pero no a tiempo de salvar a Christina Custer. Habrán de transcurrir años antes que nuestros medios nos permitan penetrar en aquel infierno.

—¿Años? —repitió McDermit—. No, a fe mía. ¡A buena hora me estoy yo quieto aquí sabiendo que en alguna parte de Venus está nuestra astronave! Voy a aprender a montar en esos dragos, pterodáctylus o como mil diablos se llamen esos pajarracos. Y luego…

—No diga tonterías —cortó Erle secamente—. ¿Cómo va a llegar hasta el ecuador cabalgando en un «drago»?

—Si los hombres insecto llegan hasta aquí desde el ecuador montados en saltamontes, ¿por qué no hemos de poder ir nosotros allá montados en pterodáctylus? —preguntó McAllister.

—Cualquier idiota comprendería que no es lo mismo —contestó Erle.

—¿Quiere decir que soy un idiota? —chilló McDermit.

—Quiero decir que es menos que idiota —contestó Erle desafiante.

—Claro, a usted y a su tío les viene de perillas que la astronave no haya regresado a la Tierra. Con esto empieza a realizarse el plan que ya daban por perdido. Pero atienda lo que le digo, Raymer. No tengo el menor deseo de convertirme en colono de Venus. Mucho menos ahora que existe una posibilidad de regresar a la Tierra. Si los demás no quieren seguirnos, McAllister y yo iremos a donde está la astronave y nos largaremos con ella.

—Pueden marcharse con viento fresco cuando les dé la realísima gana —dijo Erle—. Y si hay algún imbécil que quiera servir de pasto a los hombres-insecto puede marcharse también.

Siguió un largo, sombrío silencio. Al cabo de un rato, y como queriendo suavizar la tirantez que había quedado en el ambiente, el capitán Whitney tomó la palabra y dijo:

—Personalmente considero una tontería querer llegar hasta la

astronave en las circunstancias actuales. Después de todo, no nos corre tanta prisa. Nadie va a llevarse la astronave de donde está. Disponemos de tiempo para construir un barco que nos lleve a través del océano y preparar con todo detalle una gran expedición al territorio de los hombres insecto. Si mucho me apuran, hasta preveo la posibilidad de construir un helicóptero con los motores y el material de que disponemos. Ésa es a mi entender la única forma de llegar hasta el cohete, y lo demás ganas de hablar, de perder tiempo y de arriesgar vidas sin ton ni son.

—Eso es hablar como un libro —apoyó Tony Mills sin dejar de mascar—. Si ustedes que son los ingenieros se marchan no podremos construir un helicóptero, y posiblemente ni siquiera un buen barco. Todos estamos interesados en recuperar el cohete, incluso Erle y el señor Peace. ¿No es cierto?

—Naturalmente —repuso el ranchero—. La astronave nos es muy necesaria a mi sobrino y a mí para realizar nuestro proyecto. Necesitamos traer gente especializada, máquinas y herramientas de la Tierra para dar a este mundo el impulso progresista con que soñamos. Creo como el capitán Whitney que deberíamos tomar las cosas en calma, construir un barco para cruzar el océano y un helicóptero para alcanzar el corazón del territorio donde quedó nuestra astronave.

—Muy bien —gruñó McAllister sin levantar los ojos del plato—. Construiremos ese barco y el helicóptero. Pero no con calma. Lo haremos enseguida.

—Querrá decir enseguida que podamos —apuntó mister Peace —. No olvide que en tanto los hombres-insecto no se hayan marchado, no tendremos un momento de tranquilidad para dedicarlo a esas tareas.

—Bueno. Pues empezaremos enseguida que nos veamos libres de esos malditos bichos —dijo McAllister—. Mientras tanto haremos los planos preliminares del barco y el helicóptero.

Después de esto la discusión entró en el terreno de la cordialidad y el deseo de cooperar.

* * *

A la mañana siguiente, después de una noche amenizada por los

sueños más agradables, los terrícolas reanudaron con nuevo y vigoroso impulso sus tareas en pro de la seguridad común. La fragua y el yunque apresuraron la fabricación y mejoraron la calidad de las ballestas.

Una a cada extremo de la plataforma de la ciudadela y varias en diversos puntos de la ciudad, estaban levantándose robustas torres de sillares, de tres pisos y gran número de estrechas saeteras, en las que el capitán Whitney tenía depositadas grandes esperanzas.

—Por fortuna para nosotros —decía—, los insectos todavía no conocen el arte del bombardeo aéreo. Ellos vienen dispuestos a destruir la ciudad y merendarse a sus habitantes. La táctica que utilizaron en Hagar consistió en destruir las fuerzas aéreas defensoras y luego caer sobre la aterrorizada población, cazando con sus flechas a todo el que intentaba huir. Aquí, el enemigo no encontrará fuerzas aéreas que le ofrezcan resistencia. Probablemente incendiarán la ciudad, pero en las casas no habrá nadie. Si quieren tomar las torres en donde hay carne humana, tendrán que bajar para asaltarlas a pie firme o para meter sus flechas por las saeteras. Naturalmente, ofrecerán un blanco magnífico a nuestros guerreros si vuelan bajo. Y si desmontan les haremos pedazos con nuestros morteros y granadas de mano. Desde luego, no aspiro a ganar la guerra con esta táctica, a menos que el enemigo se obceque estúpidamente en querer nuestros baluartes. Pero si no la ganamos, al menos dejaremos en tablas la batalla. Rechazaremos una y otra vez al enemigo hasta que éste se canse y se retire… o hasta que llegue el otoño y emprenda el regreso a su territorio.

Whitney se quedaba contemplando sus torres y añadía pensativamente.

—Eso, claro está, si esos malditos bichos nos dan tiempo a terminar los preparativos.

Las torres crecieron con rapidez en los cinco días siguientes. Continuaban llegando familias procedentes de la montaña a donde habían huido. Acudían atraídas por el rumor de que su ciudad se había aliado con unos poderosos extranjeros, y no querían marcharse.

—Estos idiotas les están haciendo el juego a los hombres-insecto —refunfuñaba Whitney constantemente—. Empiezo a creer que si

no han atacado todavía es porque esperan que la confianza y el hambre hagan volver a sus lares a los infelices yaartitas.

—¿No estará exagerando usted la astucia del enemigo? —preguntó Erle—. Al fin y al cabo no son más que insectos.

Whitney soltaba un malhumorado «¡hum!» y marchaba a inspeccionar los trabajos de excavación que se estaban realizando debajo de la colina. El compresor, las perforadoras, la dinamita y toda la ciudad colaboraban en esta tarea horadando la peña y practicando túneles que habían de servir de refugio.

Los hombres-insecto continuaban en la llanura de Hagar devorando la carroña de sus víctimas. Se suponía que atacarían Yaart en cuanto el hambre empezara a arañarles el fondo de sus voraces estómagos.

Guiándose de esta suposición y después de echar un macabro cálculo, el capitán Whitney estableció la fecha del ataque del enemigo con sorprendente exactitud.

—Los insectos atacarán en cualquier momento a partir de mañana.

Esto era al cumplirse la semana desde que se captó el mensaje de la desdichada Christina Custer. Todos los esfuerzos realizados para volver a oírla resultaron infructuosos.

Por consejo de Whitney, los terrícolas dedicaron la víspera del supuesto «día D» a completar la instalación de su fortaleza. El extraño monumento en forma de quiosco reunía excepcionales condiciones de robustez y seguridad por la reciedumbre de la losa que tenía por techo y, el espesor y la anchura de las pétreas columnas que la sostenían.

Los terrícolas tapiaron todos los huecos entre columna y columna, dejando solamente dos sin tapiar. En cada una de estas puertas fue emplazada una de las pesadas ametralladoras antiaéreas que anteriormente llevaron el «jeep» y el transporte «Breen». Estas ametralladoras no podían apuntar hasta la vertical, y sólo cubrían un ángulo de fuego lateral de 90 grados.

Pero los artilleros estaban bien protegidos por el alero que formaba la losa del techo y por los costados gracias a las columnas de granito.

Además de esto, los terrícolas dejaron en cada hueco tapiado una tronera con amplia visual por donde introducir los cañones de

las «metralletas». El «jeep» blindado y el «Breen», convertidos en tanques, quedaron en la explanada con dos hombres en cada uno para atender a sus ametralladoras.

Todavía, antes de retirarse a descansar, Erle y el capitán Whitney recorrieron las torres y visitaron los refugios subterráneos para asegurarse de que todo estaba en orden. Las tres centurias de «drasgats» habían sido concentradas en la muralla ciclópea del desfiladero, donde había buenas y espaciosas cuadras. Aderk el Centurión tenía consigo una pequeña emisora de radio portátil de manejo muy sencillo.

Aderk no tenía más que hacer bajar una palanquita y aplicar el auricular a su oído para escuchar las órdenes impartidas desde la ciudadela de Yaart, a diez minutos escasos de vuelo de la muralla.

La primera alarma fue dada al amanecer del día siguiente, «día D», por los atalayas de los torreones de la ciudadela.

* * *

McDermit, que era el centinela en aquel momento, saltó hacia la sirena de mano y empezó a dar vueltas a la manivela.

El alarido de la sirena se levantó por encima del ronco mugido de las caracolas y puso en conmoción a la ciudad entera. En la fortaleza de la ciudadela, Erle Raymer saltó como un muelle en su lecho y, todavía dormido, se encontró de pie, con un Colt en la mano y tratando de comprender qué estaba ocurriendo. La duda fue sólo cuestión de dos segundos.

Hombres y mujeres llevaban acostándose vestidos desde que llegaron a Yaart huyendo de los hombres-insecto. El paso del lecho al servicio de las armas fue por lo tanto prácticamente instantáneo.

El enemigo, que debía haber llegado amparado por la oscuridad volando a gran altura, se descolgó bruscamente del espacio neblinoso y cayó sobre la ciudad en forma de una chirriante nube. Todavía soñolientos los terrícolas se vieron disparando contra las grandes sombras que, en raudo vuelo, se deslizaban casi a ras del suelo lanzando flechas contra los sólidos muros de los torreones.

Erle Raymer corrió hacia la ametralladora antiaérea que le correspondía manejar. En el mismo instante, un largo saltamontes aterrizaba violentamente en la explanada, un hombre insecto

desmontaba de un ágil salto y se precipitaba hacia la puerta por donde McDermit acababa de entrar.

Erle y el hombre-insecto se encontraron uno a cada lado de la ametralladora antiaérea, que bloqueaba casi totalmente la entrada. El bicho arrojó violentamente su lanza y Erle disparó al mismo tiempo que se agachaba.

La lanza fue a clavarse en un cajón situado en medio del refugio y la bala de revólver de Erle horadó el cráneo del monstruo entre los ojos, dejándole tendido instantáneamente.

En menos de un minuto, cerca de un centenar de insectos había desembarcado en la explanada de la plataforma y corrían esgrimiendo lanzas hacia el quiosco y los torreones recién construidos. Todos chirriaban a la vez produciendo un ruido ensordecedor.

El capitán Whitney había previsto esta contingencia dejando a mano un par de cajas de granadas de mano y otra con cartuchos de dinamita. Erle no tuvo más que alargar la mano, coger las granadas y empezar a lanzarlas por encima de la ametralladora al exterior.

El estruendo y los fogonazos de las bombas sembraron el pánico entre los gigantescos saltamontes. Éstos se remontaron con un precipitado batir de alas, dejando solos y abandonados a sus jinetes.

—¡Duro con ellos, muchachos! —gritó Whitney después de disparar una larga ráfaga de ametralladora por una tronera—. ¡Los insectos no saben dónde se han metido!

Los hombres-insecto, en efecto, habían quedado un instante como paralizados por la sorpresa, cayendo arracimados bajo el nutrido fuego de ametralladora que se les hacía desde el quiosco y la lluvia de flechas que salían por las saeteras de los torreones.

Cuando reaccionaron, al menos la mitad de ellos yacía en tierra muertos o agonizantes. Parte del resto se puso en fuga por las callejas que desembocaban en la ciudadela, algunos se pusieron a salvo saltando el parapeto y otros, en fin, se arrojaron estúpidamente al asalto del quiosco y los torreones, siendo barridos por saetas, balas y granadas de mano en un abrir y cerrar de ojos.

Toda la explanada quedó sembrada de cadáveres de hombres-insecto que todavía agitaban convulsamente patas y manos. Las víctimas, sin excepción, llevaban en la cabeza casquetes y

cubriéndoles el pecho placas triangulares de oro puro.

Al quedar limpia de enemigos la explanada se produjo una pausa en el tronar de las armas de fuego. Los terrícolas se dedicaron a cargar apresuradamente sus ametralladoras en tanto miraban por las troneras para hacerse cargo de la situación.

—Les hemos hecho polvo —murmuró el profesor Hagerman—. ¡Y nos han dejado una fortuna en oro!

Por el hueco de la puerta, Erle veía a los oscuros saltamontes del enemigo volando en círculos y a baja altura sobre la ciudad. A unos mil metros de altura veía otro enjambre de insectos que permanecía a la expectativa.

—Les hemos desconcertado —aseguró Whitney—. Ellos esperaban que nuestros pterodáctylus salieran a hacerles frente, cual ha sido hasta ahora la táctica de los indígenas. Quizás vacilen entre marcharse o atacar a fondo sin esperar a nuestras fuerzas aéreas

—Entonces voy a ayudarles a decidirse por una cosa u otra —dijo Erle.

Y apuntando hacia arriba disparó la ametralladora antiaérea mandando un haz de trazaderas contra el enjambre de insectos.

Media docena de saltamontes cayó dando volteretas. La banda formada de unos quinientos saltamontes se dispersó y empezó a bajar velozmente

—Se decidieron por atacar —dijo Erle en una pausa para introducir el extremo de otra cinta de cartuchos en la recámara de su ametralladora—. Ahora viene lo bueno.

Toda la banda bajó desde las alturas envuelta en un zumbido de alas. Al llegar aproximadamente al nivel de la altura de la colina donde estaba la ciudadela empezaron a volar en círculo girando rápidamente en sentido contrario a las saetas de un reloj.

—Parece un ataque de indios —comentó Tony Mills lanzando un salivazo—. Solo que éstos montan caballos con alas.

Ahora los jinetes del espacio procuraban mantenerse lejos de la plataforma que se erigía en el centro de la ciudad. Pero la ciudad era pequeña y para atacarla tenían que ponerse forzosamente al alcance de las ametralladoras.

Erle Raymer por un lado, y Ramírez por el otro, empezaron a

dar caza a los insectos con las ametralladoras antiaéreas. No era fácil acertar en aquellos escurridizos diablos que giraban incesantemente lanzando flechas contra las saeteras de las torres y los defensores que, faltos de protección, salían a pecho descubierto de las chozas para arrojar una flecha y esconderse apresuradamente.

El transporte «Breen» y el «jeep» blindado hacían jugar también las ametralladoras de las torretas, derribando alguno que otro enemigo.

—No desperdicien munición —aconsejó Whitney—. Apunten bien y disparen sobre seguro.

Las ametralladoras disparaban en cortas y veloces ráfagas. Cada descarga, por lo regular, derribaba a un saltamontes o al insecto que lo montaba.

Los insectos no tardaron en comprender que tendrían que desmontar si querían acabar con la resistencia de los defensores. Y esto fue lo que hicieron.

—Bueno —suspiró Erle dejando de disparar—. Ahora ya nada podemos hacer por nuestros amigos.

—Algo podemos hacer —contestó Whitney—. Vaya al «Breen» con su amigo Mills y Hernández, bajen a la ciudad y utilícenlo como tanque.

—¡Pero eso debilitará nuestras fuerzas aquí arriba! Pensábamos conservar el «Breen» para el caso que tuviéramos que efectuar una retirada, ¿no es cierto?

—Creo que no va a haber retirada, Raymer. Vamos a ganarles esta batalla a los hombres-insecto. Han desmontado… y esa será su perdición. Procure espantar a los saltamontes. Yo llamaré por radio a Aderk para que acuda con sus tres centurias de pterodáctylus. El enemigo se ha olvidado de ellas, pero yo no.

Erle asintió, llamó a Tony y a Hernández y salió corriendo en dirección al «Breen». McAllister les abrió la portezuela posterior y los tres hombres se colaron en el vehículo cerrando tras sí.

—Vamos a dar una vuelta por ahí —dijo Erle sentándose ante las palancas de dirección—. Coja la ametralladora de la torre. Hernández disparará por la delantera y Tony les llevará la munición.

Erle puso el «Breen» en marcha y, aplastando los cadáveres de los hombres-insecto esparcidos por la explanada, lo condujo por la calle más ancha de la población.

Trepidando calle abajo, el tanque se lanzó sobre medio centenar de hombres-insecto que acababan de desmontar. Las ráfagas de ametralladora barrieron las filas enemigas y pusieron en fuga a los asustados saltamontes.

Arrollando con sus dentadas orugas a los caídos, el tanque avanzó fragorosamente hasta la muralla y dobló a la izquierda para recorrer el camino de ronda que era también bastante ancho. El enemigo había dejado sus monturas en esta calle, atadas a las mismas anillas de la muralla que los yaartitas solían utilizar para sus pterodáctylus. El paso del «Breen» por este camino fue de consecuencias catastróficas para el invasor.

Los aterrorizados saltamontes tiraron de sus ronzales, rompieron muchos de éstos y huyeron batiendo velozmente sus alas. Erle arremetió contra los que no pudieron huir, aplastándolos contra la muralla, empujándolos con la proa y pasando por encima con escalofriante chasquido de cuerpos triturados.

De todas partes llovían flechas sobre las planchas del vehículo. A veces, un hombre-insecto saltaba rechinando furiosamente sobre el techo del tanque y lo golpeaba con un hacha. Hasta que una saeta, disparada con ballesta desde el portal de una casuca o la tronera de una torre, daba cuenta del insecto derribándole en tierra.

En toda la ciudad la lucha había adquirido carácter épico al lanzarse los defensores fuera de sus escondrijos para acometer al enemigo con lanzas y hachas. Los hombres-insecto, enarbolando antorchas, corrían de un lado a otro prendiendo fuego a las chozas. Disparaban flechas con una estopa encendida en la punta contra las saeteras y las recias puertas de los torreones.

Pero este último intento lo pagaban siempre a un alto precio.

Desde las torres, medio asfixiadas por el humo, los ballesteros tendían indefectiblemente a todo el que intentaba acercarse. El alcance de la ballesta era superior al del arco, y la precisión y penetración de sus flechas eran fatales para los hombres-insecto.

De pronto, los «drasgats» de Yaart aparecieron en el aire. Trescientos guerreros montados en gigantescos pterodáctylus,

armados de ballestas y de lanzas, se pusieron a volar en círculo sobre la humeante y semiderruida ciudad. Con certera precisión, las saetas abatían dando corcovetas a los saltamontes que todavía quedaban e intentaban evadirse. Los hombres-insecto eran detenidos en plena carrera con una flecha entre los ojos o en mitad del cráneo, atravesado también el flamante casquete de oro…

Sólo un centenar escaso de hombres-insecto consiguió huir pasando entre los pterodáctylus. La inmensa mayoría de los insectos, jinetes y cabalgaduras llevaba más de una flecha clavada en su cuerpo. Pero un saltamontes ni un hombre-insecto no morían a menos de ser heridos en el cerebro.

Al cabo de dos horas de furioso combate, lo que había comenzado en un asalto de los hombres-insecto, se había convertido en una cacería de estos mismos insectos por todo el ámbito de la ciudad. Hasta las mujeres y los niños, luciendo cascos y placas de oro arrebatadas al enemigo, se dedicaban sañudamente a rematar hombres-insecto.

* * *

Antes que la lucha llegara a su fin, el «Breen» acorazado regresó a la ciudadela rodando sobre cadáveres y escombros. Sus tripulantes permanecían en forzosa inactividad después de haber gastado hasta el último cartucho.

Instantes después, Erle Raymer saltaba a tierra y entraba en el quiosco-fortaleza.

—Denos más municiones —dijo al capitán Whitney—. Vamos a volver y a terminar de una vez con esos bichos.

Willard Whitney movió la cabeza sonriendo.

—Deje que los indígenas acaben con el enemigo —dijo—. Las flechas y las lanzas matan con mayor seguridad que las balas. Además, hemos hecho un gasto tremendo de munición y todavía ha de transcurrir algún tiempo antes que podamos proveernos de cartuchos. Si hemos de ir al Ecuador para rescatar nuestra astronave…

—¡Pues claro que tenemos que ir! —exclamó McAllister sonriendo con su cara negra de humo—. Nosotros queremos volver a la Tierra, y ustedes necesitan esa astronave para traer nuevos

ingenieros, más máquinas y armas, si quieren colonizar este endiablado planeta.

—Desde luego, queremos. ¿No es cierto, señorita Harlow? —preguntó Erle volviéndose hacia la joven.

Mildred Harlow, masculló algo entre dientes y se alejó saliendo del quiosco.

—Es usted un tonto, señor Raymer —dijo mistress Whitney colgándose del brazo mutilado de su marido—. Usted quiere a esa chica, ¿no es cierto? Pues si desea usted ir al cielo no debe acordarse de los santos solamente cuando truena.

Erle Raymer se quedó meditando un momento Luego sonrió y dijo:

—Ya comprendo.

Y salió de la fortaleza en pos de Mildred Harlow.

FIN

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie*
11.—La abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde. *George H. White.*

37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe. *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Grudson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante. *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa. *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte. el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H White*
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie*
71.—Heredó un mundo *George H. White,*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White*
73.—La legión del Espacio, *George H. White*

Cerrando el ciclo de tres maravillosas novelas de aventuras,

GEORGE H. WHITE

nos ofrece el último y más interesante de los episodios vividos en el planeta Venus por un grupo de audaces, soñadores y temerarios habitantes de la Tierra, a quienes circunstancias adversas obligan a vivir veinticuatro meses entre una humanidad venusina, atrasada en treinta siglos a la civilización terrícola.

Con su estilo claro, conciso y ameno

GEORGE H. WHITE

ofrece a su público las delicias de una narración que atrae desde la primera página y subyuga hasta el feliz desenlace de la obra. Esta, con el título de

LA LEGIÓN DEL ESPACIO

aparecerá en el próximo número de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA *Precio:* **5** *pesetas*

NOTAS

[1] Un kilogramo de la Tierra pesaría en Venus 900 gramos, lo cual da una diferencia de 100 kilogramos por tonelada.